



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CARRERA DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

Practicar la memoria, descolonizar el territorio

El caso de la comunidad Lule-Vilela,
El Retiro-MoCaSE-VC

Tesis de Licenciatura en Cs Antropológicas

Leandro Nicolás Pankonin

DNI 31722532

Directora: Dra. Diana Lenton

2016



A la memoria de mi tío, Aldo Pankonin,
Por la pasión compartida.

A Simón, por lo que vendrá.

*La cultura significa lo mismo que cultivo. Pero no sabemos qué cultivar.
No sabemos dónde está la semilla. Será preciso voltear a quien la está pisando.*

Pero pensemos también que esta semilla está en nosotros.

Geocultura del hombre americano. Rodolfo Kusch

*Yo sé, señor,
yo he visto la noche sobre el campo,
su condición de estrella, su silencio pesado
y digo que no es cierto que puedan alquilarla,
que le alambren el torso, que le vendan la espalda,
porque la tierra entera pertenece a la noche,
al universo entero, al sudor de la azada
que mueve la fatiga campesina del mundo,
la voluntad labriega como una enorme pala.*

*Pertenece al que sabe
Celebrar la alegría de ver crecer las plantas,
Al cómplice del sol, al sembrador callado
Que pone la semilla como un semen dichoso
Y espera, lentamente, el milagro del agua.
Antiguo labrador. Armando Tejada Gómez*

*La resistencia solapada del indígena es constante y corrosiva. Como
era imposible una oposición franca, ya que carecía de derechos
suficientes, de ahí las formas sutiles de su pasividad.*

Una pasividad en contraataque.

Juan Balumba, un proceso colonial. Francisco René Santucho

Índice

Resumen	6
Agradecimientos	7
Introducción	8
Los Sachayoj del Monte se han despertado.....	12
Capítulo 1. El conflicto por el territorio y la producción de sujetos políticos en la Argentina de principios del siglo XXI	14
Introducción: Del sujeto a la estructura.....	14
Actores sociales, Acción colectiva y lucha por el territorio	16
El conflicto como contradicción sistémica.....	21
Desarrollo, poder y territorio.....	25
Consideraciones finales.....	28
Capítulo 2. Las organizaciones territoriales Campesino- Indígenas en América Latina en el contexto del Neo-liberalismo	32
Colonialidad y Desarrollo en América Latina.....	32
De las dictaduras latinoamericanas al socialismo del siglo XXI: la reconstrucción del tejido social.....	36
Capítulo 3. El Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina (MoCaSE-VC)	44
Breve historia de la concentración de la tierra.....	44
El MoCaSE-VC como movimiento social.....	46
La Central Campesina de Productores del Norte (C.C.P.N).....	53

Capítulo 4. Muertos ellos hemos quedado nosotros, muertos nosotros quedaran los otros.	
<i>Puros indios somos</i>	56
Etnografía de la Memoria.....	56
El Monolito.....	58
La mezquinamos a nuestra tierra.....	62
Alumbrar a los Muertos.....	68
La Carpa de la Resistencia.....	70
Capítulo 5. La construcción del Sujeto Político Campesino-Indígena.....	72
Practicar la Memoria, Descolonizar el territorio.....	72
El sujeto Campesino-Indígena.....	82
Bibliografía.....	86

Resumen

La última dictadura militar, y los procesos posteriores de reforma de la estructura estatal, acentuados durante la década del 90, constituyen ejes claves de la instalación del modelo neoliberal en la argentina, que trajo aparejado una radical reconfiguración territorial del agro. El nuevo modelo hegemónico marcó como característica fundamental, una mayor concentración de la tierra que tendió, de diversos modos, a profundizar los procesos de exclusión y expulsión de las poblaciones campesinas e indígenas en todo el país. Ante el despliegue de una “territorialización excluyente” del agronegocio, la territorialización de las familias campesinas e indígenas apareció como alternativa de resistencia. El Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina (de aquí en más MoCaSE-VC) viene planteando en dicha provincia una resistencia a este modelo desde hace más de dos décadas, y generando organización en sus territorios bajo la lógica del fortalecimiento de la agricultura campesina y el derecho a la tierra, la formación y construcción de una sociedad más justa. Entre los pilares fundamentales de la organización se encuentra la recuperación de la memoria histórica colectiva de las comunidades campesinas, lo cual trajo como consecuencia, entre otras cosas, la actualización de ciertas identidades étnicas, la revalorización de los conocimientos tradicionales, la defensa de la vida comunitaria y la producción campesino-indígena. Todo esto con un fuerte sentido reivindicativo y descolonizador, con gran potencialidad política.

El objetivo de esta investigación es analizar el modo en que la propia dinámica de la lucha por el territorio reconfiguró la construcción de un sujeto político particular, el campesino-indígena, que poniendo en práctica y actualizando su memoria, logró construir un relato y una práctica descolonizadora de su propia historia, tomando como referencia la comunidad El Retiro, organizada en el MoCaSE-VC. Es decir, en otras palabras, *¿cómo se pasó de la vergüenza por lo indígena a la potencialidad política de esa identidad?*

Agradecimientos

Le agradezco a mi padres por enseñarme desde siempre a saber, a ver y valorar el privilegio de la posibilidad que siempre tuve de poder elegir. A toda mi familia por haberme apoyado en cada decisión que tomé, siempre.

Le agradezco a los compañeros y compañeras del MoCaSE-VC por abrirnos las puertas y el corazón a miles de jóvenes de diferentes puntas de la Argentina que pasamos, y seguimos pasando, por esa escuela de la vida y de la lucha política. Por enseñarnos a ver el mundo desde abajo del alero de un rancho. Por compartir los dolores y las alegrías de la patria más profunda. Por guardar, hasta en los inviernos más crudos, una braza capaz de iluminarnos a todos para recordarnos a donde vamos. Especialmente a las compañeras y compañeros de la comunidad de El Retiro por compartir sus historias, su casa, su familia y su vida durante tres veranos.

A mis compañeros del MNCI por soñar y hacer juntos el país que creemos.

Le agradezco a Norma Michi por mostrarme caminos posibles entre las nebulosas de la intelectualidad. A Diego Domínguez por haberme acompañado mucho con este trabajo, por ayudarme a hacerme preguntas nuevas y encontrar respuestas diferentes. A Hugo Ratier por la incentivación y la confianza. A Andrés Tzeiman por las críticas precisas y sinceras. A él y a Laura López por compartir las dudas y las certezas de este camino desde el principio. A Marcelo Otero por la lectura incomoda.

Le agradezco a los compañeros del GEPCyD y del Grupo de Memoria Histórica por compartir y debatir tantas reflexiones. A las Brigadas de Escolarización por todo lo que aprendimos juntos.

A todos los compañeros y compañeras con los que compartimos los años de carrera, por imprimirle comunalidad a lo transitado. A Viqui por las impresiones.

Le agradezco a Diana Lenton por la profunda generosidad de la compañía en este trabajo y por haberme ayudado a que estos papeles no queden guardados en un cajón.

Le agradezco a todos esos muchos libros con las iniciales EP (Enrique Pankonin) repartidos por la enorme biblioteca de mi padre, por haber sobrevivido a la incineración propia y ajena, preparados para volver a ser leídos algún día, y enseñarme que el estudio y el conocimiento son responsabilidades y valores, mucho más grande que el onanismo intelectual.

A Lucía y Simón por compartir todos los días de esta vida y hacerlos valer la pena de ser vividos.

Introducción

Este trabajo se corresponde con los análisis, interpretaciones y vivencias que pude experimentar en diferentes comunidades del Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina (en adelante MoCaSE-VC) entre 2007 y 2011. Conocí la organización en una pasantía como estudiante universitario en el invierno de 2007 y luego continué vinculándome a la organización como parte de las llamadas Brigadas de escolarización de Monte Adentro, un grupo de apoyo a la Escuela de Agroecología que la organización tiene desde el año 2007; y como parte del Grupo de Memoria Histórica del MoCaSE-VC¹ con el que realizamos un trabajo de sistematización de la experiencia organizativa de las diferentes centrales del movimiento, a través de la recuperación de la memoria oral de los militantes de la organización.

El lapso de tiempo que he tomado como referencia para el trabajo es el comprendido entre los orígenes y fundación de la organización a fines de la década de los 80 y principios de los 90; y el año 2010, cuando el movimiento cumplió 20 años de existencia. Si bien el trabajo de campo realizado en la comunidad El Retiro- en el Departamento Copo del Norte de la Provincia de Santiago del Estero- comprendió básicamente estadías en los veranos de 2010, 2011 y 2012, el análisis integral de la política de la organización, coyuntura y conflictividad, se acota al ciclo 1990-2010. Es importante hacer esta aclaración ya que entre 2011 y 2012 la conflictividad territorial que ya venía viviendo la provincia se cobra la vida de dos militantes del MoCaSE-VC a manos de sicarios de grupos empresariales. El 16 de noviembre de 2011 fue asesinado a manos de un grupo de matones del empresario sojero José Cicciolli, el joven Cristian Ferreyra en el paraje San Antonio, al norte de la Provincia. El juicio oral llevado a cabo en la localidad de Monte Quemado a fines de 2014 terminó con la absolución y liberación de José Ciccioli, autor intelectual del asesinato, así como de los cuatro partícipes del grupo armado comandado por el asesino material Javier Juárez, quien recibió una condena de 10 años por homicidio simple. El 10 de octubre de 2012 fue asesinado de una puñalada en la yugular Miguel Galván, por un sicario de un empresario

¹ Han sido publicados por la organización los libros de “Las memorias de los orígenes de la Central Campesina de Pinto” (2010), “Memorias de los orígenes de la Central Campesina de Quimilí” (2012), “Raimundo Gómez, caminante de los montes” (2011) y “Cristian Ferreyra presente. Charlas con la Comunidad de San Antonio” (2012)

sojero en la comunidad campesina de El Simbol, provincia de Salta -límite con Santiago del Estero. En un comunicado público la organización explicó que las familias de la comunidad “venían siendo hostigadas por sicarios de la Empresa Agropecuaria LAPAZ SA de Rosario de la Frontera (Salta), quien pretende alambrar parte del territorio de las comunidades indígenas Lule Vilela” (MNCI. 2012). Todavía está pendiente el juicio por este asesinato.

Ninguno de estos casos fueron abordados en este trabajo. De todos modos cabe aclarar que estos asesinatos no son hechos aislados, sino la manifestación extrema de una situación que si bien en otros casos no han llegado a la muerte, no por eso han sido menos violentos. Lo mismo corre para la contextualización general del escenario latinoamericano, donde se han dado transformaciones de 2010 a esta parte que no han sido abordadas en el capítulo 2.

Aquí indago la puesta en juego de la triada identidad, memoria y territorio en una comunidad organizada del norte de la provincia de Santiago del Estero, organizada en el MoCa-SE-VC. Me interesa especialmente analizar el modo en que las reconfiguraciones territoriales que ha traído la llamada “acumulación por desposesión” (Harvey. 2003). En los territorios que habitan las comunidades campesinas e indígenas se ha planteado un escenario de conflictividad en el que entra en contradicción – al menos como tendencia- el esquema que comprendía estos territorios como “bolsones” de mano de obra “liberada” en ciertas estaciones del año para realizar trabajo golondrina extra predial- la cosecha del algodón, el trabajo en los ingenios, por nombrar solo dos- , teniendo garantizada la reproducción de la fuerza de trabajo durante los meses en que no se encuentra empleada. Esta lógica tuvo fuerte preponderancia en los años del llamado Modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) en los que estas comunidades se mantuvieron con cierta funcionalidad- no por eso menos conflictiva-. Fue desde mediados de la década de los 90 en que el desarrollo de los agronegocios comenzó a interesarse fuertemente sobre los territorios donde estas comunidades vivieron y viven desde siempre, desplegando una “territorialización excluyente” (GEPCyD. 2007). Esto no quiere decir que el trabajo golondrina ya no sea una realidad en las comunidades, de hecho lo es, sobre todo entre los jóvenes, pero ha decaído con respecto a décadas pasadas.

La estrategia de la lucha política en el territorio, en un primer momento por resistir seguir viviendo donde siempre lo hicieron, reconfiguró y viene reconfigurando fuertemente la

identidad de los sujetos. El proceso organizativo, la reivindicación del derecho a la tierra y a vivir donde siempre han vivido se tradujo en un fuerte catalizador de la memoria colectiva que comenzó a tejer un relato histórico con la capacidad de hilar una tradición de resistencia y lucha por la tierra de las comunidades originarias de la región con profundidad histórica, con este presente de disputa de manera tal que ese pasado (imaginario o no, poco importa) se convierte en espejo de este presente dando lugar a descolonizar la memoria y descolonizar el territorio, para reconocerse como sujeto político campesino indígena con historicidad propia. Es decir para reconocerse como parte de una comunidad identitaria (Lule-Vilela) que había sido condenado a un pasado muerto, quieto y lejano por los constructores del relato hegemónico de la provincia. Cabe recordar aquí, por nombrar un caso emblemático, como lo analizan Ana Teresa Martínez y Constanza Taboada en “*Una civilización sin ‘indios’ o la sublimación mítica del pasado*” (2011), el modo en que los hermanos Wagner en su monumental obra de 1934 “*La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y el Nuevo Mundo*”, traducida al español y estimulada por Canal Feijoo², vinieron a instalar la idea de una magnífica Civilización que queda prácticamente fuera de la historia, convertida en símbolo, nostalgia de una gloria que pasó, débilmente vinculada con el presente.

Para ellos, nada unía en continuidad histórica directa a la Civilización Chaco-Santiagoña con el estado de salvajismo que veían en el Santiago indígena que encontrarán los conquistadores españoles. Toda la América aparecía a sus ojos en un estado de empobrecimiento respecto de anteriores tiempos de gloria. (...).

² Miembros del grupo de intelectuales *La Brasa*, conformado también por personalidades como Ciro Torres López, Manuel Gómez Carrillo, Orestes Di Lullo, Emilio Christensen, Oscar R. Juárez, Carlos Abregú Vireyra, Pedro Ciquegrani, B. Ponce Ruiz y Santiago Dardo Herrera, que entre 1925 y 1940 desarrollaron la tarea indagar y construir una estética y un relato de la cultura santiagueña que dejó huellas fundantes para las generaciones siguientes. Cabe remarcar que pensadores de este grupo, como Orestes Di Lullo escribirán años más tarde en la revista *Dimensión* publicada entre 1956 y 1962 en la provincia y dirigida por Francisco René Santucho, donde se comenzaron a tejer discusiones sobre la llamada revolución indoamericana: las opresiones del colonialismo de ayer y del imperialismo de ahora eran entendidos como una continuidad histórica común, y la larga experiencia de resistencia indígena y campesina de las comunidades rurales debía ser valorada en ese sentido como una subjetividad revolucionaria a tener en cuenta. Para el año 1963 los hermanos Mario Roberto y Francisco René ya habían fundado el Frente Revolucionario Indoamericano y Popular (FRIP)

La Civilización Chaco-Santiagoueña, contrastando por su carácter extraordinario con la decadencia posterior, aparece flotante en el tiempo, perdiéndose ahistóricamente en las circunstancias de un origen fantástico y fuera de todo contexto real, viable sólo en una fabulosa edad de oro.

(...). los Wagner entreveían como una posibilidad fuertemente sugerida en el texto de 1934, así como en las conferencias de esos años, y afirmaban taxativa en su producción posterior, que la Civilización Chaco-Santiagoueña era de cuna extra-americana, nacida de una Magna Mater de todas las civilizaciones del mundo, que, originada en un continente desconocido (actualmente sumergido, según el texto de 1946), se habría dispersado por el planeta mediante oleadas migratorias, llegando así a América y a la llanura Chaco-Santiagoueña. (Martínez; Taboada. 2011:369-70)

Para llevarlo al plano más concreto del territorio, cabe retomar las palabras de Esteban Cuellar de la comunidad El Retiro:

- Actualmente ¿hay muchos que discriminen por ser indígenas?
- Esteban: y todavía hay algunos... para la zona de Corral... ahí había un maestro que decía que la palabra indio ya se perdió... que ya no existen indios. Ahora se ha convencido él mismo... decía “que van a ser indios, si ahora indios no hay...

En el primer capítulo se repasan las principales tendencias sobre estudios de conflictividad territorial en el espacio rural argentino hoy, intentando caracterizar los enfoques teórico metodológicos que cada uno desarrolla y cuáles son los aportes que he tomado para este trabajo. En el capítulo dos se desarrolla el contexto regional de aplicación de políticas neoliberales y el accionar que los pueblos y sus organizaciones han emprendido: los modos de organización y los hitos de los procesos políticos abiertos en las últimas dos décadas. En el capítulo tres se desarrolla sintéticamente la historia y ejes reivindicativos principales del MoCaSE-VC para el periodo abordado. En el cuarto capítulo se desarrolla concretamente la dinámica social de El Retiro, su historia y el relato de los miembros de la comunidad. El quinto capítulo hace de cierre y síntesis del trabajo, dejando planteadas las conclusiones centrales a las que hemos arribado.



Los Sachayoj del Monte se han despertado

Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre la falta de un mito, de una fe, de una esperanza.

El Hombre y el Mito. José Carlos Mariátegui

Conocer los mitos es aprender el secreto del origen de las cosas. En otros términos: se aprende no solo como las cosas han llegado a la existencia, sino también donde encontrarlas y como hacerlas reaparecer cuando desaparecen.

Mito y Realidad. Mircea Eliade

El Gran Chaco representa una importante región geográfica de América del Sur. El vocablo que le da nombre viene del término *Chaku*, que en Quichua significa *Territorio de Caza*. Las regiones boscosas que cubren el norte de la provincia de Santiago del Estero forman parte del llamado Chaco austral, región de quebrachos y monte alto. Allí se cuenta una historia de aquellas que recorren generaciones de boca en boca, y ya nadie sabe cuál es su origen: la historia del *Sachayoj*, el guardián de los montes. El carácter mítico del *Sachayoj* puede ser entendido como un protector tutelar de los montes. Quienes protejan al monte, serán recompensados por él; y quienes lo dañen, serán castigados.

En un comunicado emitido por el Mo.CaS.E-V.C, sobre el que luego volveremos, se afirma que:

Sachayoj son grupos de duendes, o espíritus de muertos agrupados protectores de los bosques chaqueños (Mo.CaS.E-V.C.2006).

La historia del Gran Chaco es una historia de devastación ambiental y también de resistencias. Cargado, del siglo XIX a esta parte, de las huellas de antojo del modelo de acumulación hegemónico en cada momento: la introducción del ganado, el tanino; más tarde el algodón, el arroz, los porotos; hoy la soja transgénica; y siempre la explotación forestal.

En cada uno de estos casos, los pobladores de estos territorios fueron limitados en su autonomía productiva, y violentados simbólicamente y materialmente, sea bajo la variable de la explotación laboral, o por medio de la destrucción del monte donde habitan ancestralmente, y siempre mediante la mecánica del colonialismo en sus múltiples formas. Como plantea Rosenzvaig, en el Gran Chaco la idea de ecocidio se anticipó a la del “etnocidio”. La relación medio ambiente-sociedad étnica era tan fuerte, que se concluyó que un ecocidio dejaría a las tribus sin defensas. (Rosenzvaig.1996: 11). Pero con cada abatida vino también la resistencia.

En febrero del año 2006, la comunidad de Sol de Mayo, de la central campesina de Copo y Alberdi (C.C. Copal) del MoCaSE-VC fue víctima de la represión policial y parapolicial, protectora de los vejámenes de la empresa Madera dura del norte S.A. Ante aquellos hechos, el movimiento campesino emitió un comunicado de denuncia. Hacia el final del mismo afirma:

Los Sachayoj del monte han despertado, el miedo ha muerto en el monte, ahora para colmo, los Sachayoj se transformaron en sujeto histórico (MoCaSE-V.C.2006).

De este modo, a través de este comunicado, el MoCaSE-V.C encarna la alegoría mítica del *Sachayoj*. Su territorialización resiste la lógica depredadora del capital encarnada en la abatida de los agronegocios. Aquí yace nuestro punto de partida fundamental, comprender la construcción del sujeto político campesino-indígena organizado en el MoCaSE-VC.

Capítulo 1

El conflicto por el territorio y la producción de sujetos políticos en la Argentina de principios del siglo XXI.

Introducción: Del sujeto a la estructura

Los trabajos seleccionados aquí para el análisis pretenden ser los aportes más significativos en términos de abordaje de esta problemática, con la intención de poner en tensión perspectivas teórico-metodológicas, así como aportes que han resultado valiosos para esta investigación. Los materiales seleccionados para el análisis se restringen al norte del país por ser el encuadre regional sobre el que trabajamos. En este sentido, optamos por dejar afuera aquellos trabajos concernientes a la región pampeana, como así también aquellos focalizados en la región patagónica. Por el contrario, tomamos en consideración trabajos focalizados en las provincias de Chaco (GEPCyD.2014; Braticevic.2009), Formosa (Iñigo Carrera.2010), Santiago del Estero (Barbetta.2006,2009), Salta (Pais.2010; Naharro, Álvarez, Klarik 2010), Misiones (Arzeno, Ponce.2010;Kostlin2010), Jujuy (Sivila. 2009) y Córdoba (2009a, 2009b); así como trabajos de carácter más general en lo respectivo a la situación nacional (Domínguez.2005,2009, Domínguez, Sabatino.2006; Domínguez, Lapegna, Sabatino,2006; Galafassi.2009; GER.2004; GER-GEMSAL.2010; Giarracca.2006; Giarracca.2008; Giarracca,Teubal.2005;Giarracca,Teubal.2008; Slutzky.2008; Barbetta, Domínguez, Sabatino: 2014).

Dentro del gran abanico que puede comprender la conflictualidad por la tierra, posicionaremos a aquellos autores que focalizan sus trabajos en diferentes experiencias de la lucha por la tierra (y en algunos casos el territorio), remarcando las diferencias teórico-metodológicas en sus formas de trabajo; así como aquellos que pretenden realizar un análisis de carácter más bien estructural que apunte a desentrañar la lógica de acumulación del modelo productivo hegemónico, y la manifestación de sus contradicciones en el plano de los territorios rurales.

En este sentido, podemos sostener que la totalidad de los autores encuentra las raíces de la conflictualidad actual por la tierra en Argentina en procesos de una profundidad de más de 30 años. La última dictadura militar, encadenada con los procesos posteriores que completaron la instalación del modelo neoliberal, y con él, el desguace de la estructura estatal durante la década del 90, son elementos fundamentales de análisis para comprender la reconfiguración territorial del agro argentino de cara a los primeros diez años del siglo XXI. En este sentido las condiciones de disciplinamiento social, así como de liberalización de la economía y apertura de los mercados, sumado a gestos neo-desarrollistas de las políticas de Estado hacia el sector de la última década que se tradujeron en la expansión de la frontera agropecuaria en muchos rincones del país, son condiciones que permitieron y permiten la reproducción de un modelo de saqueo de bienes naturales, o lo que David Harvey llama “modelo de acumulación por desposesión” (2003). Todos elementos que han acentuado la conflictualidad por la tierra en nuestro país durante las últimas dos décadas.

Destacamos que las líneas de indagación del conflicto por la tierra hacen un recorrido que va de la estructura a los sujetos. Es decir, que nos encontramos, como dijimos antes, con trabajos que apuntan a analizar la lógica estructural del modelo de acumulación hegemónico vigente, y las manifestaciones materiales del proceso contradictorio, y trabajos que analizando también las contradicciones del modelo, ponen su atención con mayor énfasis sobre los procesos de subjetivación que transitan “los nuevos actores sociales” ante estos fenómenos. Vale aclarar que hay casos en que la escisión entre ambos extremos no es tal, sino que existen ámbitos de articulación complementaria en el análisis.

Actores sociales, Acción colectiva y lucha por el territorio.

Una cantidad de trabajos coinciden en analizar la casuística local de procesos estructurales (el despliegue global de los agronegocios, la imposición del modelo neoliberal, etc.), pero llamando la atención especialmente sobre la manifestación concreta de esos procesos, así como el modo en que los actores sociales tienen capacidad de intervenir en el conflicto. En este sentido, comentaremos en primer lugar, aquellos trabajos que analizan el despliegue de los agronegocios en el ámbito nacional. Por empezar podemos nombrar el trabajo del Grupo de Estudios Rurales (GER), de 2004, titulado “*Desalojos y arrinconamientos de campesinos y comunidades indígenas en la Argentina*”, donde se plantea para aquel año, un

estado de la cuestión de los conflictos territoriales en las zonas extra-pampeanas, desmenuzando algunos de los dispositivos del agronegocio que generan el éxodo de familias campesinas e indígenas del campo: 1) las desregulaciones operadas sobre el sector del agro, que hacen que las fluctuaciones de precios afecten directamente a los productores, 2) la destrucción de las fuentes de trabajo, 3) la contaminación con agrotóxicos, 4) el cercamiento de áreas en disputa y 5) el socavamiento de prácticas de trashumancia debido a la interrupción de caminos, pasos y privatización de la tierra de uso común (GER.2004: 114)

Dicho planteo se complejiza y se presenta bajo una argumentación más sofisticada en el artículo *“Del desarrollo agroindustrial a la expansión del `agronegocio´: el caso argentino”* (Giarracca, Teubal. 2008) que explica, de modo general, el pasaje del modelo del ISI al modelo neoliberal, poniendo el foco sobre la situación del agro. Los autores sostienen que con el modelo del ISI las poblaciones campesinas y los pequeños productores podían convivir con la agroindustria, gracias a la existencia de un fuerte andamiaje estatal, bajo la forma de una inclusión subordinada. La puesta en marcha del modelo neoliberal vino aparejada de una imposible convivencia entre el campesinado y un agronegocio que se basa en la existencia de una lógica absolutamente excluyente que consiste en un aumento del control que detenta el capital concentrado sobre todas las etapas de la producción y distribución de alimentos y materias primas, un aumento de la escala de producción, una disminución en la demanda de mano de obra, y un avance sobre nuevos espacios físicos no explotados aún. Es decir, un nuevo modo de funcionamiento general con predominio del capital financiero, orientado exclusivamente al mercado externo y con tendencias inherentes a la concentración de unidades de explotación. De este modo el agronegocio comienza primero a arrinconar y luego excluir a la pequeña agricultura, imposibilitando sus condiciones de reproducción.

“Con la soja al cuello: crónica de un país hambriento productor de divisas” de Domínguez y Sabattino (Domínguez, Sabattino.2006) nos trae una caracterización del modelo sojero con un interesante esfuerzo en el relevamiento de información diversa, que logra combinar las variables cuantitativas de índices censales, con análisis de discurso de las corporaciones del agronegocio, en combinación con discursos de agentes estatales y mediáticos. Es decir que existe una continuidad en la lectura del proceso, pero esta vez centrado sobre la producción exclusivamente sojera.

En un artículo de 2008, Giarracca persiste en la caracterización del modelo, pero plantea una sociología de las emergencias, y de este modo busca posicionar a las poblaciones indígenas y campesinas que luchan por el territorio, como actores sociales emergentes del propio conflicto. Un poco en sintonía con este artículo podemos traer una serie de trabajos que analizan experiencias de lucha por la tierra y el territorio. Estos se preocupan por destacar la capacidad de agencia de los actores sociales en estos procesos, remarcando en su análisis ciertas características, que consideran “novedosas”, de lo que en muchos casos entienden como “nuevos movimientos sociales”.

Reproducimos a continuación las palabras de Giarracca a propósito de un debate abierto en torno a cómo abordar y comprender los nuevos actores sociales de la protesta agraria de los años 90³ (1999). En palabras de la autora:

El desafío está precisamente en conocer ese espacio entre la estructura y los sujetos que posibilita la formación de "un actor", espacio ubicado en el nivel de la contingencia y no en el de las determinaciones (...).

Las comprensiones y las rotulaciones de estos nuevos actores tienen una importancia que traspasa el campo académico. Es necesario acercarse y comprenderlos sin prejuicios o prenociones. No se trata de "conocer a los actores" sino de conocer hasta qué punto ellos logran formarse como tales (desplegar sus capacidades agenciales). Y en esta tarea es imprescindible orientarse a las dislocaciones de aquellas identidades sociales que aparecían como plenas, que es precisamente, el momento de la conflictualidad social. (Giarracca.1999).

En este sentido, retomamos otro texto de la autora donde plantea que⁴:

Desde 2002 surgen nuevas configuraciones sociales, nuevas formas de pensar la política en rupturas impensables hace sólo unos años atrás. El desafío, para nosotros, es pensar cómo se traducen estas novedades del centro del país en los distintos territorios del interior con sus propias historias de lucha y sus propias tradiciones políticas(Giarracca.2003).

³ Si bien este estado de la cuestión atañe al conflicto por la tierra en estos primeros 10 años del Siglo XXI, encontramos una continuidad en la producción teórica de esta línea de análisis, que hace pertinente su inclusión, y esclarece la perspectiva.

⁴ Algunos autores se preocupan por remarcar lo que llaman “nuevos repertorios de acción”, nacidos al calor de las movilizaciones sociales de finales de la década del 90, y que encuentran su manifestación más acabada en diciembre del 2001 (Giarracca, Gras.2001; Giarracca.2003).

La exposición se completa, siguiendo con Giarracca, en el extracto siguiente donde plantea las características de la acción colectiva y las resistencias:

Con estos amplios conceptos (acción colectiva y resistencias), hago referencia a las acciones sociales que no se generan en los dominios de la producción o de la vida cotidiana sino que se despliegan en las arenas del espacio público. Ese espacio de aparición donde la presencia se juega ante los otros en la posibilidad de modificar los lazos; espacio donde se enuncian discursos, se irrumpe, se demanda y, básicamente, en el decir de Tilly, se confronta. Espacio público, entonces, donde se despliegan las disputas hegemónicas y alternativas de discursos y sentidos. Mientras que las estrategias sociales se manifiestan en los límites de la familia, de las explotaciones, las acciones colectivas se generan en la politización de la calle, de la ruta, de la plaza; en la marcha, en la toma de un predio, etcétera (Giarracca. 2004:25).

Yendo a lo puntual del planteo, podemos comentar algunos trabajos en esta línea, apoyados sobre experiencias concretas. Podríamos ubicar una serie de artículos publicados en el libro compilado por Giarracca y Teubal *“El campo argentino en la encrucijada. Tierra, resistencia y ecos en la ciudad”* (Barbetta.2005; Mariotti, Wahren.2005; Golsberg. 2005)

Tomando en consideración aquellos procesos de resistencia y de emergencia de actores sociales movilizados, en el artículo titulado *“¿Movimiento Campesino en Argentina?”*, de Domínguez, éste caracteriza a este conjunto de movilizaciones como *movimiento campesino* y afirma que utilizar dicha noción significa apostar al proceso que se evidencia como consolidación paulatina de un corpus de demandas, de sentidos públicos, de discursos y acciones (Domínguez, 2005: 22). Estas conflictualidades, estos levantamientos y estas organizaciones que en un principio parecen de orden local y desarticulado van adquiriendo mayores niveles de integración, desde lo local hasta lo nacional, insertándose también en el espacio latinoamericano (la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo-CLOC) y mundial (Vía Campesina). Siguiendo con este planteo Barbetta, Domínguez y Sabatino plantean en *“La persistencia de una incomodidad: repensando el campesinado en la argentina”* (2014) que en nuestro país *“lo campesino”* se explica por sus luchas por tierra y territorio en conjunto con la revalorización y recuperación de los saberes y practicas campesinas que instalan a nivel general el debate sobre el control de los recursos naturales y la relación con la naturaleza” (2014: 110).

En la misma línea, Barbetta ha ubicado el análisis de la problemática sobre el eje judicial. En su tesis de Maestría (Barbetta.2006) analiza el modo en que la aplicación de políticas neoliberales en Santiago del Estero configuró el escenario donde se manifiestan los conflictos por la propiedad de la tierra. En ese sentido, el avance de la frontera agropecuaria implicó e implica el desplazamiento coactivo de sectores campesinos, que poseían una tenencia precaria de la tierra. Aquí el autor indaga los procesos de resistencia y construcción de autonomía del MoCaSE. En otro trabajo (Barbetta.2009) avanza sobre la misma problemática, pero esta vez cambia el eje, y analiza el despliegue de estrategias dado por la organización para frenar los desplazamientos, como un repertorio que va desde la legítima defensa de sus predios ante los intentos de desalojo violentos por parte de empresarios, hasta presentaciones judiciales con el objetivo de regularizar la tenencia de la tierra. Es decir, el modo en que los conflictos por la tenencia de la tierra se expresan en el ámbito jurídico.

Con muchas continuidades con los trabajos planteados en el ítem anterior (de hecho muchos de los autores son los mismos), pero con un fuerte aporte en lo que podríamos llamar el enfoque territorial, se posicionan otra serie de trabajos. En este sentido, se continúa con los marcos de emergencia de diferentes actores sociales, pero aquí se aspira a estudiar el carácter territorializado de los mismos y el modo en que sus intencionalidades entran en conflicto. Es decir que dentro de este arco de análisis se contemplan el estudio de aquellos procesos de territorialización de los movimientos sociales socioterritoriales, así como también se analizan los procesos de territorialización de los actores del agronegocio. Vale llamar la atención sobre el hecho de que gran parte del instrumental teórico desplegado para este análisis se inspira en buena medida sobre las producciones de la geografía crítica brasilera (las producciones de Mançano Fernandes, Porto Gonçalves, Haesbert, Mílton Santos por nombrar solo algunos), que han sido actualizados dentro del esquema local para comprender la problemática en este sentido.

Se afirma que “la actual territorialización del capital está modificando las territorialidades existentes” (Domínguez, Lapegna, Sabatino.2006: 240). En este sentido, el desplazamiento de la frontera agropecuaria, principalmente para producción de soja, hacia zonas antes marginales, se entiende como una manifestación concreta de la territorialización del agronegocio, así es que se puede hablar de una territorialización excluyente, donde se disocia la toma de decisiones sobre el manejo de un territorio de las poblaciones que lo habitan. Es de des-

tacar este concepto de “territorialización excluyente” (GEPCyD.2007) que sirve para caracterizar la territorialidad del agronegocio en esta nueva configuración de los territorios rurales, como consecuencia de las transformaciones ocurridas en la estructura productiva y económica del país. Esta territorialización choca con aquellas territorialidades que, si bien subordinadas, han pervivido y resistido durante décadas, y en algunos casos durante siglos. Así pretende excluirlas y arrinconarlas (vía desalojos, envenenamiento de los campos, etc.), al mismo tiempo que éstas se organizan y resisten. Estos procesos han abierto un capítulo de violencia no visto con anterioridad en el espacio rural argentino, que se basa en una contradicción irreconciliable en cuanto al control efectivo, usos y sentidos del territorio. Vale subrayar que el importantísimo proceso de organización de los campesinos y pueblos originarios ante esta situación, ha logrado trasvasar la resistencia en sí misma, y por lo tanto podemos hablar más bien de “territorialidades emergentes” (Domínguez, Lapegna, Sabatino.2006).

Cabe un comentario también para lo trabajado por Domínguez y De Estrada, quienes recorren diferentes casos de asesinatos y muerte en conflictos territoriales y plantean que estos aparecen como el núcleo de un fenómeno al que llaman “violencia rural” y que se comporta como un

dispositivo para la sutura de la emergencia política de una alteridad que litiga por el derecho al control territorial de los bienes naturales. Los asesinatos y muertes se instalan como vectores que tienden a neutralizar y socavar el creciente activismo, con vocación democrática, del campesinado y de los pueblos originarios en Argentina (De Estrada; Domínguez. 2013: 520).

Es atinado traer el planteo de Giarracca en este sentido cuando afirma que

Los pueblos indígenas defienden el territorio, es decir, se pone en juego una visión mucho más amplia, que incluye el suelo y el subsuelo y la tierra y las riquezas naturales que la rodean o que están en sus entrañas. Aparece aquí una disputa de sentidos, ya que para la corriente ‘productivista’ que hegemoniza la política económica, la tierra, los bienes naturales, etc.; son sólo recursos explotables, puras mercancías (sin ser producto del trabajo humano), mientras que para muchas cosmovisiones aborígenes, son parte de un ‘nosotros’, en el que hombre y naturaleza están igualmente incluidos. Esta concepción ha sido tomada por algunas corrientes de pensamiento ecologista, y en nuestros

días es compartida por muchas poblaciones del mundo y de nuestro país. En Argentina, Mapuches, Kollas, Wichís, Guaranés y otros pueblos indígenas, reclaman que se haga efectiva la ley de reparación de sus tierras y los tratados internacionales (Giarraca.2009:27).

Esta línea se replica en otros trabajos que toman en consideración experiencias particulares, como los trabajos del GEPCyD (Grupo de Ecología Comunidades y Derechos, F. Soc-UBA) en la provincia del Chaco, tomando como experiencia soporte la trayectoria de la UnPeProCh (Unión de Pequeños Productores Chaqueños). En este sentido traemos a modo de ejemplo el artículo titulado *“Recampesinización y recreación política del campesinado en un escenario de despliegue de los agronegocios: El caso de las Reservas campesinas en el Chaco”* (GEPCyD. 2014), donde se analizan diferentes estrategias de recreación del campesinado como sujeto político. Tanto las ocupaciones de tierras, como la formación de reservas campesinas, pasan a formar parte de un proyecto político donde construyen estrategias productivas territorializadas que, recreando al campesinado, permiten vislumbrar alternativas al modelo de los agronegocios. Retomando el análisis desde un plano jurídico Barbetta junto con Diego Domínguez trabajan el caso de la Reserva de Limitas en el Chaco, donde se organizan comunidades de base de la UnPeProCh. La figura jurídica de reserva les permite a los autores pensar situaciones de interlegalidad entre la acción política de la organización en relación de diálogo y disputa con los poderes estatales donde se tensiona tanto la emancipación social como la regulación en un territorio determinado (Domínguez, Barbetta. 2014)

El conflicto como contradicción sistémica

Bajo otro esquema podríamos ubicar los trabajos de Guido Galafassi, quien focaliza sus análisis en el carácter estructural de la lógica de acumulación capitalista y posiciona la actualización de los debates sobre la “acumulación originaria del capital” como estrategia fértil de explicación de la conflictualidad en torno a la tierra (y a los bienes naturales en general). En este sentido, en su trabajo titulado *“La predación de la naturaleza y el territorio como acumulación”* (Galafassi.2009) plantea que dentro de los marcos de desarrollo del capitalismo, lo único que hace sustentable a una práctica, es la posibilidad de aumentar la tasa de ganancia, y esto se apoya necesariamente en una lógica instrumental propia de la sociedad de mercado, que no tiene más que reproducir la predación y el despojo sobre los

territorios. Aquí Galafassi presenta al territorio como un sostén complejo de todas las actividades de extracción, producción, intercambio y reproducción de la vida, también reconociéndolo como espacio material y simbólico, que es, dialécticamente, sostén y creación de la historia y la cultura, simultáneamente que soportes de los que emanan la construcción de utopías colectivas y alternativas sociales (Galafassi.2009: 75).

En estos términos, es lo que O'Connor ha llamado la segunda contradicción del capital lo que explica el despliegue de renovados procesos de cercamiento sobre nuevos territorios, basados en una explotación instrumental de la naturaleza. El capital tiende a socavar sus propias bases de sustentación, ya que en su lógica de maximización de las ganancias no tiene en cuenta la tasa de reproducción de los recursos, ni el ciclo de agotamiento o perjuicio sobre el ambiente. Galafassi remarca que el neoliberalismo ha acentuado la práctica de despojo que en forma renovada avanza sobre formas previas de desarrollo regional (sean éstas de base capitalistas o no), recolonizando territorios y redefiniendo la explotación de sus recursos, dada la persistencia y continuación de las prácticas depredatorias (Galafassi.2009:84). Es esta lógica, la que los movimientos sociales denuncian, y contra la que luchan.

En este sentido, resulta interesante el planteo de Sergio Braticevic, quien en su artículo *“Densificación territorial en dos espacios de fronteras en la región del NEA. Un análisis de la expansión del frente agrícola y su articulación con los diversos actores sociales”*(2009) plantea cómo con la aceleración de la comprensión espacio-temporal (proceso en el que la experiencia social del espacio se condensa frente a la aceleración del ritmo de acumulación de capital), el capital reduce las barreras geográficas, creando nuevos espacios de acumulación y nuevas formas de producción del espacio; proceso que genera que la densificación territorial del espacio produzca la obtención de plus-ganancia.

Con este contexto como base, analiza la situación a través de los conceptos de “formación social de frontera”, “acumulación por desposesión” y “densificación territorial”. Plantea así que para comprender la acumulación por desposesión hay que entender su relación con la sobreacumulación. Pues, el capital tendría una tendencia expansiva, produciéndose crisis de sobreacumulación a partir de los `70, permaneciendo ociosos excedentes de capital. La acumulación por desposesión se da al liberarse activos a un costo bajo, generando que el

capital sobre-acumulado se apropie de los activos liberados, conduciéndolos a un uso rentable. Retomando a Harvey:

cualquier territorio o formación social que es incorporado o que se inserta en la lógica del desarrollo capitalista debe experimentar cambios estructurales, institucionales o legales de gran alcance, del tipo de los que Marx describe bajo la denominación de acumulación primitiva (Bracitevic. 2009: 5).

A través de este proceso, con la privatización de tierras fiscales, expropiación, etc. en los últimos 30 años, se concluye con el avance sojero. Éste produce densificación territorial, y el espacio se hace más denso en infraestructura, generándose un desequilibrio entre zonas, dando lugar a un desarrollo geográfico desigual, así como las formaciones sociales de fronteras actuales.

En otro artículo titulado *“Contradicciones sociales y procesos de movilización en espacios rurales de Argentina en las últimas décadas”* (Galafassi.2008), el autor plantea que el modelo de acumulación económica y de representación política impuesto en los años setenta por la dictadura militar y su posterior profundización neoliberal de la mano fundamentalmente del menemismo, ha provocado un altísimo nivel de exclusión social con fuertes procesos de división interna en la comunidad, donde el individualismo extremo ha sido colocado como uno de los valores fundamentales de la cultura cívica y social; y es en este sentido que las organizaciones de movimientos sociales con diversas formas de lucha ejercieron una clara respuesta a este avance del capital, intentando superar la atomización social característica de la lógica de mercado. Por lo tanto Galafassi sostiene que el accionar de las organizaciones agrarias, tanto en los 70 como hoy, se define explícitamente desde su situación de marginalidad y subsunción social y “subdesarrollo” regional, frente a la producción agropecuaria dominante que concentraba y concentra cada vez más los recursos, definiendo las políticas para el sector.

El autor sostiene aquí que los movimientos sociales pueden entenderse como formas diversas de organización de conjuntos sociales (clases, fracciones de clase o incluso alianzas de clase). Estos se encuentran inmersos en relaciones sociales de antagonismo sociopolítico y cultural, que configuran su identidad en términos de su posicionamiento crítico frente al modelo dominante. Sólo una interpretación que considere el antagonismo y la posibilidad

de una lucha anti-sistema puede analizar este tipo de procesos. (Galafassi.2008: 198).
Agrega en otro trabajo que

sin lugar a dudas la importancia que asumen hoy, por la cantidad y diversidad, una infinidad de procesos de protesta y movilización en pos de objetivos ambientales, territoriales e identitarios no pueden soslayarse tal como si siempre hubieran existido con las características actuales o como si hoy no tuvieran ninguna trascendencia; pero estos, en base a sus argumentos y reclamos, tampoco resultan ser un “rara avis” en la historia, que habilitaría permitirse un borrón y cuenta nueva. (...) Pero esta denuncia sobre la crisis ambiental implica también una denuncia sobre la crisis civilizatoria; que resurge rescatando los conceptos de liberación, emancipación y revolución, vistos como complementarios y ya no como opuestos. En este sentido es que debe entenderse a la lucha por los derechos ambientales y territoriales en tanto inscrita en la conflictividad histórica inherente a toda sociedad basada en la explotación y en los procesos de alienación individual, social y socio-natural. Solo a partir de una comprensión dialéctica y un accionar a partir de la perspectiva de la praxis es que se podrá retomar un sentido en el camino de la difícil y compleja superación del status quo tanto intelectual como social-, sin caer en fragmentaciones y divisiones arbitrarias entre lo viejo y lo nuevo que impidan ver la totalidad concreta. (Galafassi. 2012:35-36)

Dentro de esta metodología hallamos otros autores, que sin perder el enfoque enfatizan otros aspectos. En primer lugar, Valeria Iñigo Carrera quien en su trabajo *“Desarrollo y Territorio en el noreste formoseño: sus modalidades y configuraciones”* (2010) analiza el proceso de vida de los tobas buscando comprender el lugar que ocupan, en tanto sujetos, en el modo capitalista de organización de la producción social. Para ello analiza los programas de desarrollo sociales que apuntan a mejorar la base productiva regional con el aprovechamiento “racional” de los recursos, lo cual ha traído como consecuencia la constitución de territorialidades que se expresan en tanto forma de acumulación de capital.

De esta manera concibe a las políticas de desarrollo consistentes en la expansión de la frontera agropecuaria con base en el cultivo de la soja y en la rentabilidad diferencial por el precio de las tierras, como una modalidad de acumulación de capital, producto no sólo de la captación sino también de la reinversión de plusvalía a nuevo capital que permite incrementar los índices de productividad.

Por otro lado, Marisol Esteve tanto en su artículo *“Tierra y agua para poder producir y vivir: el movimiento campesino Cordobés”* (2009b) como en su ponencia *“Primeras*

aproximaciones al proceso de movilización social campesina en el valle de Translasierra (Córdoba)” (2009a), analiza este proceso de movilización entendiendo la lucha campesina en su interrelación dialéctica con el proceso de reestructuración agro-territorial a partir de la modernización productiva regional, destacando la tensión entre los discursos y prácticas “modernas” frente a las “tradicionales”. Para ello, la autora parte del concepto de “formación socioeconómica-ambiental”, entendiéndola como una articulación de:

(...) procesos ecológicos, tecnológicos y culturales, y su relación con el orden económico y los aparatos del Estado que dominan el proyecto civilizatorio de la modernidad (Leff. 2007: 43).

Este concepto le permite demostrar la articulación entre las distintas variables mencionadas. De esta manera, Esteve sostiene que con el cambio de la sociedad de una matriz “estado céntrica” hacia otra “mercado céntrica”, que inicia en los ’70 pero se profundiza en los ’90, se desarrolla el proceso de sojización caracterizado por la implementación de nuevos avances tecnológicos en la producción. Este se sostiene bajo un discurso modernizador que lo legitima y promueve, priorizando la obtención de ganancias por sobre la sustentabilidad del medio ambiente, y un proceso de reorganización territorial por el avance sobre las producciones “tradicionales”. Estas son consideradas como incapaces de adaptación y no competitivas, por los medianos y grandes productores agropecuarios y por el Estado, que no realiza políticas que promuevan la producción agropecuaria campesina. Frente a ello el movimiento campesino no sólo denuncia las problemáticas sociales y ambientales, sino que resiste con su producción y modo de vida, con métodos “tradicionales”, ecológica y socialmente sustentables que le permiten continuar con su vida como así también preservar los ecosistemas naturales; luchando por una reforma agraria integral y articulando a su vez con modelos alternativos de comercio y producción.

Desarrollo, poder y territorio.

A continuación consideraremos una serie de trabajos que analizan la conflictualidad por la tierra y el territorio, pero dándole una explicación a estas nociones diferente a las expuestas hasta el momento. Los trabajos aquí ubicados responden en buena medida a las producciones del Programa de Economías Regionales y Estudios Territoriales (PERT) del Instituto de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, aunque a modo de

aclaración, cabe remarcar que no todo el repertorio de discusiones se enmarca dentro de los análisis del PERT, ya que confluyen aquí investigadores que no pertenecen a este grupo de investigación, aun cuando coincidan en ciertos enfoques. En el libro titulado *“Desarrollo Territorial en el norte argentino: una perspectiva crítica”* (2009), este grupo coordinado por Mabel Manzanal (en el que cuentan también las producciones de Mariana Arzeo y Mariana Ponce, entre otros) deja en claro que su enfoque asocia las nociones de poder, territorio y territorialidad como un todo. Para ello, retoman a Lópes de Souza y su noción de territorio entendido como

El espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder (siendo fundamental en el estudio del mismo) quién domina o influencia y cómo domina o influencia en ese espacio (dado que) el territorio es esencialmente un instrumento de ejercicio de poder (2009:134).

Teniendo como base esta definición, se analizan las políticas públicas de desarrollo implementadas desde los años `90 en los territorios rurales del norte de nuestro país, que para los autores parten de una noción errónea del territorio, al considerarlo como un espacio donde el conflicto ha sido superado. Como vimos anteriormente, según esta perspectiva, éstos se definen y delimitan a partir de las relaciones de poder, que implican negociación o conflicto entre las partes. De esta manera, las políticas de desarrollo, si bien promueven ciertas mejoras, se aplican desde una posición de poder de parte del Estado, así como de las ONGs impulsoras, dejando en una posición pasiva a los receptores de dichos programas. La propuesta del PERT radica en primer lugar, en la necesidad de reconocer el accionar potencial de las fuerzas en conflicto que caracterizan un territorio y la necesidad de una mayor autonomía que permita a los sectores menos beneficiados (pequeños productores, colonos, campesinos, dependiendo del caso) puedan construir e imponer su discurso, su proyecto político, económico, social y ambiental, modificando la desigual distribución de poder. En este sentido, en el libro *“El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino”*, compilado por Manzanal y Villarreal (2010), se analizan casos concretos de intervención a través de políticas públicas y sus consecuencias. Destacaremos algunos trabajos que competen a la conflictualidad por la tierra en el presente siglo, en análisis de procesos acaecidos en Salta y de Misiones.

Para el caso de Salta, hallamos el trabajo de Naharro, Álvarez y Klarik *“Territorio en disputa: reflexiones acerca de los discursos que legitiman la propiedad de la tierra en el Chaco Salteño”* (2010), donde analizan la resignificación del territorio entre los distintos actores en la lucha por la titulación de la propiedad de la tierra, caracterizándose múltiples voces. Las mismas difieren entre cuatro paradigmas. El *paradigma productivista*, que responde al modelo predominante de la economía política considerando a la tierra como una mercancía (que recrudece con el neoliberalismo, y la instalación del paquete sojero). El *paradigma de la justicia social*, que enmarcado en un Estado Benefactor argumenta *“la tierra para quien la trabaja”*, entrando en contradicción con los grandes terratenientes, pero también con los indígenas, quienes al no producir riquezas no se les considera su actividad como trabajo. El *paradigma preservacionista*, que alerta sobre las consecuencias negativas del desarrollo capitalista, en su búsqueda de preservación del ambiente Y, por último, *el multiculturalismo* que sostiene que se deben otorgar los títulos dominiales a las comunidades indígenas por su preexistencia étnica al Estado. De esta manera, los autores demuestran la existencia de un *“catálogo de discursos socialmente legitimados”* a los que apelan los actores para inscribir su lucha en las disputas territoriales.

La conflictualidad por la tierra, en este sentido, volverá a aparecer en dos artículos sobre la provincia de Misiones, titulados *“Ocupaciones de tierras privadas y conflicto en el nordeste. La conformación de un ciclo inicial de lucha por la tierra en Misiones”* (Kostlin.2010) uno, y *“El conflicto sin fin: negociaciones y disputas en torno a la aplicación del Plan de Arraigo y Colonización en tierras privadas del nordeste de Misiones”* (Arzeno, Ponce.2010) el otro. Ambos pueden ser entendidos en un marco de complementariedad. El primero, bajo autoría de Laura Kostlin, guarda una interesante línea de entrada caracterizando diferentes procesos históricos que acontecieron en el actual territorio de la provincia, y fueron marcando los rasgos de determinadas características económicas, la conformación de la estructura agraria, de poblamiento, así como de uso y apropiación de la tierra. Esto permite tender una profundidad que recorre desde la colonia hasta la actualidad, y nos permite entender procesos de acceso a la tierra en cada momento. De ese modo la autora desemboca en los fenómenos acaecidos en la conformación de lo que caracteriza como un ciclo inicial de lucha por la tierra. Allí se cristaliza la confrontación de dos modelos, con respecto al uso de la tierra: uno agrícola, principalmente de subsistencia; y otro foresto-

industrial, de corte productivista. Aquí, en términos de la autora, se estarían haciendo visibles contradicciones estructurales de larga data, fuertemente arraigadas en la estructura agraria de la provincia. Así entra en juego la sanción de la ley provincial 4093/04, de “Plan de arraigo y colonización”, sancionada durante el año 2004, en una coyuntura absolutamente particular. El artículo deja abierto el análisis sobre las potencialidades, límites y contradicciones que esta política pública puede tener con respecto a la resolución de los conflictos. En parte, dicha discusión se introduce con más fuerza en el artículo titulado “*El conflicto sin fin: negociaciones y disputas en torno a la aplicación del Plan de Arraigo y Colonización en tierras privadas del nordeste de Misiones*” (Arzeno, Ponce.2010). Aquí se analizan las negociaciones y disputas entre los diferentes actores involucrados en el conflicto, a partir de la sanción de la ley, teniendo en cuenta los posicionamientos de ocupantes organizados, propietarios, así como el Estado. Las autoras sostienen que

El conflicto por la tierra en el nordeste de Misiones es el resultado de una confrontación entre actores cuyas prácticas socioespaciales están asociadas a lógicas de valorización del espacio que, en el contexto actual, se oponen resultando contradictorias (Arzeno, Ponce.2010: 76)

De este modo, el carácter irreconciliable de ambas posturas en la disputa por la tierra, tiene su raíz en el problema estructural de distribución de la tierra en el área, así como en la irregularidad de la tenencia de la misma, entre otras cosas. En este marco, el Estado no hace más que operar de modo contradictorio, garantizando la reproducción del capital al mismo tiempo que debe responder a las necesidades y reivindicaciones de la población mayoritaria.

Aquí las autoras sostienen que, al menos de momento, la ley 4093 sólo se limitó a darle un marco institucional al conflicto, ya que ha apuntado a conservar las condiciones pre-existentes, más que a modificarlas. Cabe aclarar de todos modos que éste es un proceso abierto.

En este sentido, diferentes actores sociales operan diferentes modelos de desarrollo, en territorios que se presentan como plano de conflictualidad, de relaciones de fuerzas y relaciones de poder.

Consideraciones finales.

Luego de analizar una serie de ejes de debate teórico metodológicos en lo respectivo a los conflictos por la tierra en la zona norte del país, a lo largo de estos últimos diez años, podemos inferir una serie de reflexiones, conclusiones, así como vacíos presentes.

De un modo u otro, vemos cómo una buena parte de la gama de análisis recae en algún momento sobre el concepto de territorio. Pero la riqueza de perspectivas nos permite ver el carácter profundamente polisémico de este concepto, dada la diversidad de concepciones puestas en juego. Los análisis del GEPCyD entenderán al territorio como construcción social, como proceso atravesado por el conflicto, por relaciones de poder, por disputas y tensiones. Como el resultante de relaciones de poder y conflictos en un espacio determinado (Domínguez, Mariotti, Sabatino. 2010:8), en este sentido, la conflictualidad es un carácter propio de la construcción de territorialidades. Por su parte, el análisis del PERT sostiene que el territorio es el ámbito de imbricaciones de las múltiples expresiones de poder, y en ese sentido los “conflictos territoriales” pueden ser entendidos como las disputas, que se hacen públicas, entre distintos actores de un ámbito local por la apropiación real o simbólica o por el control o gestión de un recurso o de una actividad caracterizada por ser parte esencial para la consecución del modelo de desarrollo dominante en dicho territorio (Arzeno, Manzanal. 2010:2). Por su parte, Galafassi comprenderá al territorio, en tanto sostén complejo de todas las actividades de extracción, producción, intercambio y reproducción de la vida social. El autor pretende romper con un esquema mecanicista de análisis, y agrega que por territorio debe entenderse el espacio material y espacio simbólico, que son ambos dialécticamente sostén y creación de la historia y la cultura, al mismo tiempo que de ellos emana también el proceso de construcción de utopías colectivas y alternativas societales (Galafassi.2009: 75). A lo largo del trabajo desarrollará el punto desde el que entendemos el concepto de territorio.

Aquí se avizoran en algún sentido diferentes marcos de análisis. Mientras las teorías de la acción colectiva en el caso del GER, el enfoque territorial en el caso del GEPCyD y del PERT, proponen una capacidad de agencia fundamental a los actores sociales, los análisis de corte estructural, como el caso de Galafassi, parten de una idea del territorio como soporte del modelo de acumulación, y por tanto arena de contradicciones. Es importante sostener que ambos puntos de entrada, no tienen por qué ser contradictorios, ya que consideramos que es posible analizar los marcos estructurales que catalizan la contradicción, no

determinándola mecánicamente, y generando las condiciones de acción subjetiva de los actores sociales. En este sentido, podemos decir que si bien parten de enfoques teóricos diferentes, no tienen por qué ser contradictorios.

Por otro lado, podríamos decir que los análisis del GER, el GEPCyD, así como los análisis estructurales explicitan la instalación del modelo neoliberal a partir de la década del 70 como cambio radical. Este es un punto de partida en el aumento de la conflictualidad por las características propias del nuevo patrón de acumulación, que cambiaron completamente los dispositivos del conflicto por la tierra (sea por el cercamiento sobre nuevos territorios en el carácter desposesivo del neoliberalismo, sea por la transición de la subordinación a la exclusión de los productores). En este sentido, los trabajos del PERT parecieran apuntar a que ha habido un aumento en la conflictualidad, pero quizás sin poner tanto énfasis, como los otros análisis, en la existencia de un quiebre total con el patrón anterior.

En la definición del PERT, no se desarrolla profundamente una noción de territorio (aunque sí se deja entrever la aceptación de relaciones de poder que caracterizan al mismo), poniéndose el énfasis en la profundización de la idea de tenencia de la tierra que es el tema central del trabajo analizado. De esta manera, plantean una noción amplia que más allá de considerar la tenencia en sus aspectos jurídicos considera la consolidación productiva como variable fundamental para superar las situaciones problemáticas. Esto los lleva a plantear entre las soluciones la aplicación de programas provenientes desde el propio Estado consistentes, no sólo en titulaciones o en la regularización de la situación jurídica de tenencia de la tierra, sino también programas de fortalecimiento productivo, pues sostienen que la tierra en sí misma no es suficiente.

De esta manera, percibimos distinciones en la lectura que se dan los autores ante la conflictividad/problemática de tenencia de la tierra. Por un lado, el PERT propone programas de desarrollo en los cuales los sujetos involucrados y que se encuentran afectados adquieran mayor autonomía en la toma de decisiones a través de una distribución más justa de poder. Manzanal afirma que la construcción de una alternativa solo puede surgir desde los actores no hegemónicos a través del ejercicio de una participación comprometida con el logro de una mayor autonomía, capaz de trascender las reivindicaciones individuales, posicionándose sobre la fortaleza que otorga un accionar colectivo en defensa del derecho al ejercicio de una independencia política, así como económica y cultural (Manzanal.2010: 43).

Desde otra perspectiva, los autores del GER y el GEPCyD coincidirán en las posibilidades de construir y fortalecer otras territorialidades (aquellas que denominan “territorialidades emergentes”) donde poder generar estrategias de territorialización definidas y apropiadas por los mismos actores sociales locales (Domínguez, Lapegna, Sabatina.2006: 243), siempre con la finalidad de construir un modelo alternativo. Finalizando con las propuestas, hallamos soluciones estructurales enmarcadas en la corriente representada por Galafassi, quien plantea la superación de los conflictos en base a una alternativa al capitalismo- y no cambios al interior del mismo- aunque en su lectura no tienen un papel protagónico los agentes. Estas últimas tienen también por momentos en consideración las reivindicaciones de las organizaciones campesinas, sus planteos de una reforma agraria integral que garantice la soberanía alimentaria de los pueblos.

Encontramos como una cuestión a seguir abordando y profundizando las concepciones en torno a la tierra y el territorio de parte de aquellos sujetos que llevan adelante las disputas en ese sentido, así como los procesos de transformación identitaria que se han dado en el marco de estas disputas. La emergencia de gran cantidad de organizaciones indígenas y campesinas, y la puesta en juego de la identidad campesino-indígena como identidad de lucha, está fuertemente ligada en nuestro país a los aumentos en la conflictualidad por la tierra en los últimos años. Esa es la problemática que intentaremos abordar en los siguientes capítulos.

Capítulo 2

Las organizaciones territoriales Campesino - Indígenas en América Latina en el contexto del Neo-liberalismo.

Colonialidad y Desarrollo en América Latina

Analizar la historia contemporánea de América Latina implica sumergirse en una profundidad histórica de larga data, que nos lleva, en primera instancia, a remontarnos 500 años atrás, a los años de la conquista de América, cuando irrumpe, en palabras de Aníbal Quijano, un patrón de poder mundial denominado “sistema-mundo moderno-colonial” (2000)

Retomando los aportes de Porto-Gonçalves, podemos decir que el proceso de globalización trae en sí mismo la globalización de la explotación de la naturaleza con beneficios y perjuicios distribuidos desigualmente. Asimismo, junto con este proceso se extiende al mismo tiempo, y por todas partes, el dominio de la naturaleza y el dominio de algunos hombres sobre otros hombres, de la cultura europea sobre otras culturas y otros pueblos, y de los hombres sobre las mujeres. La modernidad europea inventó la colonialidad y la racialidad, y esa triada: modernidad-colonialidad-racialidad continúa atravesando las relaciones de poder, y moldeando hasta hoy las prácticas sociales (Porto. 2009: 22).

Aquí yace un punto de arranque fundamental para el argumento que pretendemos construir, que es la afirmación de que la Modernidad es inseparable de la Colonialidad, y en este sentido ambas esferas están ligadas dialécticamente. Los cubanos Janet Iglesias Cruz y Javier Gutiérrez Forte, en su artículo *Colonia y colonialidad, más allá del relato* subrayan en ese sentido, el hecho de que la colonialidad define la cultura de los oprimidos y la de los opresores (Iglesias Cruz; Gutiérrez Forte 2008:98).

Un punto importante en el desarrollo del concepto de Colonialidad es que debe pensarse como una forma de relación social con características propias que desborda al colonialismo en términos de momento histórico particular, pero al mismo tiempo tiene sus raíces en el hito de la conquista. En su libro “*La globalización de la naturaleza y la naturaleza de la globalización*”, el geógrafo brasileiro Porto-Gonçalves esboza dos formas de esta continui-

dad. Por un lado, el carácter eurocéntrico de las elites criollas, blancas o mestizas, nacidas en América; y por otro lado la persistencia de la exportación de materias primas agrícolas y minerales basadas en la explotación de las mejores tierras, por medio de latifundios productivos, y de los mejores yacimientos, en esos casos casi siempre con el concurso de empresas de las antiguas metrópolis, que continuó manteniendo la esclavitud negra y la servidumbre indígena incluso después de la independencia política formal (Porto-Gonçalves.2008: 43).

Haciendo uso de este repertorio conceptual, en otro texto, Porto-Gonçalves plantea la existencia de tres movimientos en la colonialidad global correspondientes a momentos históricos particulares. Una primera colonialidad que se desplegó bajo la hegemonía ibérica, afirmada en el nombre de la fe cristiana; una segunda colonialidad dispuesta bajo la hegemonía de Europa noroccidental y afirmada bajo el dispositivo de una fuerte fe en la ciencia; una tercera colonialidad bajo la hegemonía de los Estados Unidos, con fuerte presencia en la postguerra, apoyada en la idea del desarrollo (Porto-Gonçalves.2009:11). A este punto, si partimos del planteo de que la idea de desarrollo no es atemporal, sino que tiene un origen contextualizado históricamente, cabe preguntarse: ¿cuál es la génesis de la puesta en marcha de la máquina desarrollista? El intelectual mexicano Gustavo Esteva ubica insistentemente un punto de partida simbólico, que sitúa en un momento exacto de la agenda histórica mundial, el 20 de enero de 1949. Ese día Truman asumió la presidencia de los EE.UU. y en su discurso inaugural, afirmó un viraje en la política externa de aquel país. El carácter imperialista de las políticas norteamericanas parecían haber llegado a su fin, para darle lugar a una lógica desarrollista que se presentaba como humanista y solidaria. De este modo, EE.UU. como país desarrollado, se hacía responsable de tomar en sus manos la enorme tarea de desarrollar, o generar las condiciones de desarrollo, de todos aquellos países y pueblos del mundo que no corrían la misma suerte, es decir, los invitaba a avanzar hacia una meta por la que estos ya habían avanzado, iniciar un camino que ya conocían (Esteva.2000). En este sentido, como bien plantea Agostino, el desarrollo no solamente es normativo respecto al modelo de vida a seguir, sino que justifica la intervención de actores externos (Agostino. 2009:14). El desarrollismo conlleva simultáneamente el reconocimiento y la negación de la diferencia -o la promesa de su desaparición (Escobar 1997). En cierto sentido, el desarrollismo vino a reemplazar en el sentido común público a la idea decimonónica de “progreso”, en términos individuales y comunitarios. Los conceptos de sub-

desarrollo y tercer mundo, afirma Arturo Escobar, son inescindibles de la política internacional de posguerra, y su éxito ideológico radica en la consolidación de la noción de pobreza o carencia como organizador de la realidad (Escobar. 1998; Spadafora. 2002).

De este modo los años posteriores a la segunda guerra mundial (1939-1945), estuvieron atravesados por enormes movimientos descolonizadores en Asia y África, empujaron a los países coloniales a reinventar una estrategia de intervención pero bajo nuevas formas que pudieran tomar cierta distancia de la parafernalia imperialista. Bajo esta nueva noción colonial, se dividió el mundo entre desarrollados y subdesarrollados, estableciendo las pautas y criterios que estos últimos debían seguir para reflejarse en el espejo del desarrollo (Porto Gonçalves.2009).

Tomando en cuenta este último movimiento, y considerando los pilares de la Colonialidad, nos encontramos con la idea del progreso, y su versión más actualizada, la noción de Desarrollo, punto fundamental para pensar la relación sociedad-naturaleza en los términos en que pretendemos analizarla. Si bien la aplicación planteada del concepto de desarrollo puede tener características novedosas para las décadas del 50/60, la estructura profunda del razonamiento no sólo no es nueva sino que se ampara en una coherencia paradigmática que es intrínseca a la modernidad occidental. La idea del progreso y los discursos de la evolución como una línea única por la que transita toda la humanidad, no eran nada nuevos para estos años. ¿Que se modifica entonces? En su artículo *“Reflexiones sobre el desarrollo y la racionalidad”* Castoriadis plantea que el término “desarrollo” comenzó a ser utilizado cuando resultó evidente que el progreso, la expansión, el crecimiento no constituían virtualidades intrínsecas, inherentes a toda sociedad humana, cuya realización (actualización) se habría podido considerar como inevitable, sino propiedades específicas, y poseedoras de un valor positivo de las sociedades occidentales. En este sentido, se considera a éstas como sociedades desarrolladas, es decir capaces de producir un “crecimiento autosostenido”, y el problema aquí parecía consistir únicamente en llevar a las demás sociedades a la famosa “etapa del despegue”⁵. De este modo Occidente se pensaba, y se proponía, como modelo para el conjunto del mundo. El estado normal de una sociedad, lo que se consideraba como el estado de "madurez" designado con este término que aparentemente cae por su propio peso, era la capacidad de crecer indefinidamente. Los demás países y sociedades se consi-

⁵ Etapas del crecimiento económico.

deraban naturalmente menos maduros o menos desarrollados y su problema principal se definía como la existencia de “obstáculos al desarrollo”. En consecuencia, se establecía que las inyecciones de capital extranjero y la creación de “polos de desarrollo” eran las condiciones necesarias y suficientes para llevar a los países menos desarrollados a la etapa de “despegue” (Castoriadis. 1991: 4). Retomando esta idea de despegue planteada por el autor, podemos pensarlo como una lógica de salto de escala, y en esta misma línea Porto-Gonçalves realiza un agudo aporte para profundizar. En portugués, el término *desenvolvimento* significa desarrollo, y el término *envolvimento*, significa envoltura. El autor toma la acepción del término en el sentido de no involucramiento, de romper con el involucramiento, de desenvolverse de cada contexto socio-geográfico, y en este sentido posiciona su crítica al desarrollo planteando que en este proceso de despegue, la humanidad quedó inmediatamente envuelta en una lógica homogénea de desarrollo pautada unidireccionalmente (Porto-Gonçalves.2009: 12). El geógrafo brasileño define al desarrollo como el nombre-síntesis de la idea de dominio de la naturaleza, *ser desarrollado* es ser todo aquello que nos separe de la naturaleza y que nos ponga ante *constructos* humanos (Porto-Gonçalves.2008: 54).

A mediados de la década de los 60 del siglo pasado, a raíz de crisis alimentarias en el continente africano, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) convocó a una conferencia mundial para tratar lo que se denominó “seguridad alimentaria”. Este nuevo concepto destaca la necesidad de que se reconozca como un derecho básico del ser humano, su abastecimiento de alimentación, sin importar la condición en que se encuentre, ni la región o país en la que viva. La seguridad alimentaria fue entonces definida por la FAO en 1970 como “el conjunto de acciones que garantice a la población en general un abastecimiento permanente y seguro de alimentos en cantidad, calidad y precios que satisfagan sus necesidades alimentario nutricionales básicas” (FAO.2011).

Este es el marco en el que se da un importante impulso al incremento en la productividad agrícola de los países en desarrollo, bautizado como la revolución verde. El término "Revolución Verde" fue utilizado por primera vez en 1968 por el ex director de USAID (Agencia de EE.UU. para el desarrollo internacional), William Gaud, pretendiendo un claro contrapeso con las posiciones del bloque soviético y la revolución china, campesina y comunista, de 1949. La “revolución verde” buscó despolitizar el debate del hambre en el mundo, atri-

buyéndole un carácter estrictamente técnico, y posicionándose como una crítica a las formas de producción “tradicionales” ampliamente difundidas en el Tercer Mundo.

Desde la década de los 60, las fundaciones Rockefeller y Ford promovieron la agricultura industrial en los países denominados subdesarrollados a través de “paquetes tecnológicos” que incluyeron semillas híbridas, fertilizantes, plaguicidas, maquinaria agrícola y sistemas de riego, así como promocionando el monocultivo intensivo, con el objetivo de elevar los niveles de productividad y rentabilidad agrícola.

La revolución verde incrementó notablemente la cantidad de alimentos de los que disponía el mundo, pero este saldo favorable, que se presentó como estrategia de desarrollo y superación de la pobreza, fue y es utilizada como estrategia productiva de aquellos que fomentan el enfoque de la seguridad alimentaria. Esta posición enfrenta tres críticas. La primera, sostiene que generar mayor producción no conlleva o deriva necesariamente en mayor distribución de lo producido. La “revolución verde” y la “seguridad alimentaria” sólo se preocupan en aumentar la cantidad de lo producido y en abastecer los mercados, movilizándolo planetariamente. La distribución es un tema ignorado por este enfoque. La segunda crítica se concentra en los impactos y efectos negativos que provocan los paquetes tecnológicos utilizados sobre la salud y el ambiente. La tercera, destaca la falsedad del discurso que mantiene que existe la libre competencia como reguladora de los mercados agrícolas; e identifica las consecuencias que se derivan de esta falsedad sobre la economía de los campesinos y pequeños productores.

De las dictaduras latinoamericanas al socialismo del siglo XXI: la reconstrucción del tejido social.

La realidad sociopolítica de América latina ha sufrido enormes transformaciones a lo largo de las últimas cuatro décadas. Los años 70 y 80 estuvieron marcados, al menos en el Cono Sur, por el avance de dictaduras militares financiadas por EEUU- o bien con su connivencia- con el claro objeto de generar condiciones de instalación del modelo neoliberal aniquilando donde fuera necesario, todo tipo de resistencia popular o proyecto político alternativo.

Perry Anderson plantea que el neoliberalismo nació después de la Segunda Guerra Mundial, como reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista y de

Bienestar. Friedrich Hayek, uno de sus ideólogos fundantes, fue quien convocó para 1947 una reunión que pasaría a la historia como hito de origen de la Sociedad de Mont Pèlerin, una suerte de franco-masonería neoliberal, altamente dedicada y organizada, con reuniones internacionales cada dos años. Su propósito era combatir el keynesianismo reinante, y preparar las bases de otro tipo de capitalismo, duro y libre de reglas, para el futuro. Para 1973, todo el mundo capitalista avanzado cayó en una larga y profunda recesión, combinando, por primera vez, bajas tasas de crecimiento con altas tasas de inflación. Aquello significó la gran crisis del modelo económico de posguerra y, a partir de entonces, las ideas neoliberales pasaron a ganar terreno. Hayek y los suyos afirmaban que las raíces de la crisis estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión “parasitaria” para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales. El remedio, entonces, era claro para estos sectores: mantener un Estado fuerte en su capacidad de quebrar el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero limitado en lo referido a los gastos sociales y a las intervenciones económicas (Perry Anderson.2003).

El principal instrumento de acumulación de la etapa neoliberal resultó ser la privatización, como el mayor intento por solucionar el problema de la sobreacumulación iniciada desde los años setenta (Merchand Rojas. 2002). La noción propuesta por David Harvey (2003) para explicar este proceso, es la de *acumulación por desposesión*. El geógrafo plantea que es un error entender a aquellos fenómenos de desapropiación de bienes comunes y saqueo que fueron trabajados por Marx para explicar la acumulación primitiva u originaria del capital, como una etapa primera, sino que por el contrario, Harvey afirma que las prácticas depredadoras son parte de una lógica permanente y persistente. De este modo, elige sustituir los conceptos de “originaria” y/o “primitiva”, por el concepto de “acumulación por desposesión”. En este sentido plantea que:

Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria revela un rango amplio de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión por la fuerza de las poblaciones campesinas; la conversión de varios tipos de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad privada exclusivos; la supresión del acceso a bienes comunales; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de formas

alternativas de producción y consumo; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de bienes (incluidos los recursos naturales); la monitorización del intercambio y los impuestos, en particular sobre la tierra; la trata de esclavos; y la usura, la deuda nacional y más recientemente el sistema de crédito. El estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover estos procesos (Harvey. 2003:113).

El fenómeno de los agronegocios, que tendrá un abordaje particular en el desarrollo de nuestro problema, supone una superación de la visión de la producción agrícola acotada a la explotación, postulando la integración horizontal y vertical de la producción agrícola e industrial, para lo cual es necesario superar también la idea de las fronteras nacionales (Hernández. 2009). Su consolidación generó en términos de Harvey, un proceso de acumulación por desposesión por parte de empresarios sojeros, agroganaderos o forestales. De este modo trabajadores rurales, pescadores, campesinos y comunidades indígenas que han sido despojados de los medios de producción y reproducción de su vida por vía del mercado (por imposibilidad de acceder a la tierra), por la vía de la degradación ambiental (por los efectos de los agrotóxicos utilizados en el agronegocio), o bien por medio de la expulsión de los territorios donde habitan históricamente.

Bajo regímenes democráticos, desde mediados de la década del 80 y a lo largo de los 90, las llamadas reformas estructurales del estado, vinieron a completar el ciclo de instalación del modelo neoliberal en buena parte de los países de la región. La caída del muro de Berlín y el consenso de Washington son algunos de los símbolos que vinieron a mostrar al modelo neoliberal como una estructura obturada, dispuesta a funcionalizar sus partes con un horizonte armónico, el llamado *fin de la historia* por Francis Fukuyama. Pero una creciente conflictividad social haría sintomáticas las contradicciones del sistema en América Latina.

Para 1989, Venezuela vivía en un régimen formalmente democrático pero hundido en una cotidianeidad sumamente represiva. Carlos Andrés Pérez había asumido como Presidente a principios de febrero. El llamado Caracazo explotó el 27 de febrero, cuando la gasolina subió 2 centavos; ese aumento afectaba al transporte público, además de la escasez y el ocultamiento de alimentos. El Estado reconoció oficialmente 364 muertos, pero los médicos de los hospitales registraron más de 3000 muertos y las “Madres de Luto” encontraron por primera vez en la historia de Venezuela fosas comunes. Hoy podemos decir que esta rebelión contra el régimen fue la punta de lanza de un proceso que comenzó a cristalizarse

años después, símbolo de la recomposición de las fuerzas populares en el continente: el Chavismo⁶.

Entre 1989 y 1992, organizaciones campesino-indígenas de la Región Andina, así como también el Movimento do Trabalhadores Sem Terra (MST) del Brasil convocaron a la "*Campaña Continental 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular*", que tendría en parte un saldo organizativo en la conformación de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo-CLOC- constituida formalmente en el congreso realizado en Lima (Perú) del 21 al 25 de febrero de 1994, con la participación de unas 84 organizaciones procedentes de 18 países de América Latina y el Caribe⁷.

El primero de enero de ese mismo año, en tiempos en que la lucha armada había sido encajonada como estrategia política y los indígenas parecían haber sido sepultados al subsuelo de la historia, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se levantó en armas en Chiapas, estado sureste de México.

Estos son algunos de los hitos más significativos que comenzaban a delinear las características de una nueva época histórica. Vale subrayar aquí el proceso de consolidación de organizaciones sociales y políticas surgidas en los últimos años de las dictaduras latinoamericanas, o post-dictatoriales, que tomarán un peso fundamental con el paso de los años, como es el caso del ya nombrado, Movimento do Trabalhadores Sem Terra (MST), de Brasil, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), etc.

En nuestro país, el proceso de privatización de empresas estatales a lo largo de la primera mitad de la década del 90, tuvo enormes consecuencias sobre el crecimiento exponencial de la tasa de desocupación, lo cual forjó un reposicionamiento coyuntural de la clase trabajadora y sus estrategias de lucha: fueron los años de génesis de los movimientos de trabajadores desocupados. El año 96 pasará a la historia como el momento de irrupción en puentes y rutas del movimiento piquetero, síntoma organizativo de las formas que el modelo productivo neoliberal había tomado en nuestro país. La desregulación y desposesión actuó por igual en la ciudad y en el campo. La instalación por parte del MoCaSE de la carpa negra de

⁶ Si bien Hugo Chávez falleció en marzo de 2013, el proceso político del que hablamos, abierto en Venezuela y en la región bajo el símbolo de su figura, lo supera más allá de su persona física.

⁷ Información disponible en <http://movimientos.org/cloc/acercade.php>

La Simona, en resistencia a ser desalojados de su espacio de vida, en el año 1999 se convirtió en un enorme símbolo de la lucha por la tierra, tanto a nivel provincial, como nacional.



Imágenes de la Carpa Negra de La Simona. Diario Página 12, edición de 29 de junio del 2000

La irrupción cada vez con mayor fuerza del sujeto campesino e indígena (o bien en algunos casos campesino-indígenas) fue un fenómeno común en estos años en toda América latina.

El 17 de abril de 1996 la policía militar brasilera entró en un campamento de 1500 trabajadores sin tierra, en El dorado dos Carajás. Llegó lanzando bombas lacrimógenas. Al inicio, los trabajadores resistieron arrojando palos y piedras, pero al escuchar los primeros disparos, intentaron huir y protegerse. El saldo fue el asesinato de diecinueve campesinos. Desde ese día, el 17 de abril se homenajea el Día internacional de la lucha campesina.

El 21 de enero del año 2000, ya entrado el siglo XXI, llegó con la deposición del presidente del Ecuador, Jamil Mahuad. Organizaciones indígenas junto a sectores de las fuerzas armadas tomaron edificios públicos. Hacia el final de la jornada Antonio Vargas, presidente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), Carlos Solórzano, ex-presidente de la Corte Suprema de Justicia, y el coronel Lucio Gutiérrez formaron un triunvirato que no fue aceptado internacionalmente ni tuvo apoyo local. Las fuerzas armadas entonces realizaron un golpe de Estado y Lucio Gutiérrez, junto a varios oficiales, fue apresado por seis meses. Gustavo Noboa, entonces a cargo del ejecutivo, convocó a elecciones presidenciales para el 2002, y el coronel Lucio Gutiérrez, como candidato presidencial por el partido Sociedad Patriótica-21 de enero, en alianza con el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik (MUPP) – por entonces brazo político de la CONAIE- y el Movimiento Popular Democrático (MPD), fue elegido Presidente de la República en la

segunda vuelta electoral, que se desarrolló el 24 de noviembre de 2002. Años más tarde el Movimiento Pachakutik rompería la alianza electoral que había posicionado a la CONAIE en cargos dentro de la estructura del Estado.

En Cochabamba, Bolivia, la lucha de la Coordinadora por el Agua contra la privatización del abastecimiento de agua, desembocó, entre enero y abril de 2000, en lo que se llamó *La guerra del agua*, que forzó al gobierno de Bolivia de entonces a rescindir el contrato con la empresa francesa Bechtel. Tres años más tarde, en octubre de 2003, una serie de conflictos ligados a la exportación de gas natural de Bolivia a EEUU y México, tomaron el nombre de *La guerra del gas*. El conflicto se desata por la decisión del gobierno presidido por Gonzalo Sánchez de Lozada de exportar gas por Chile. Las principales demandas de la guerra del gas eran la no exportación del gas natural hasta que exista una política para abastecer el mercado interno. La segunda demanda era una Asamblea Constituyente, es decir, crear un nuevo pacto social hacia un nuevo Estado de consenso. Evo Morales Ayma resultará electo presidente de los bolivianos y bolivianas tras ganar las elecciones de 2005, como parte del Movimiento al Socialismo, instrumento político de los sindicatos cocaleros del Chapare, dándole canal institucional a un proceso de profunda transformación de la sociedad boliviana.

De este modo, en forma simultánea al proceso de movilización popular de las organizaciones y movimientos sociales y políticos, y en algunos casos de forma complementaria, se abrió paso a un proceso de disputa por el acceso a los órganos de gobierno por medio de diferentes instrumentos políticos, con diferentes procesos históricos particulares en cada país, pero que bien vale considerarlos dentro del nuevo mapa social de los albores del siglo XXI en América latina. Con mayores o menores niveles de radicalidad, a Evo Morales y Chávez, se suman la llamada revolución ciudadana presidida por Rafael Correa en Ecuador, el ascenso del kirchnerismo en nuestro país a partir del año 2003 y del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, así como los procesos interrumpidos por golpes de Estado, de Lugo en Paraguay y Mel Zelaya en Honduras.

Fruto de estos procesos populares, algunos de estos países impulsaron la construcción de una Alternativa Bolivariana de los Pueblos de América (ALBA), en fuerte contraposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), planteo neoliberal de los Estados Unidos de Norteamérica para América latina. Es importante plantear la conformación de espacios

institucionales de otro tipo, pero no por eso menos valiosos como la UNaSur (Unión de Naciones Suramericanas) y la CELAC (.Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños).

En el plano internacional es fundamental subrayar la presencia de la Vía Campesina. Sus raíces históricas se remontan a 1992, cuando organizaciones agrícolas campesinas y familiares de Centroamérica, el Caribe, América del Norte y Europa se reunieron en Managua, Nicaragua, en el marco del Segundo Congreso de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG) de ese país. Allí analizaron y discutieron el impacto del neoliberalismo en la agricultura y las comunidades rurales, al mismo tiempo que comenzaron a delinearse alternativas posibles. Un año después, luego de aquel encuentro, en mayo de 1993 más de 70 referentes de organizaciones de todo el mundo se reunieron en Mons, Bélgica, con motivo de la Primera Conferencia Internacional de La Vía Campesina, donde ésta se creó formalmente. Allí los participantes acordaron una declaración de propósito y una estructura organizativa y definieron un marco muy general de políticas para proteger los derechos e intereses de las familias agricultoras. Desde su fundación hasta la actualidad la Vía Campesina realizó seis conferencias internacionales y tiene presencia en alrededor de 69 países a través de aproximadamente 148 organizaciones.

El proceso histórico en el que se enmarca el origen del MoCaSE, y la posterior construcción del armado nacional del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI), permite posicionar elementos generales que atraviesan esta región del mundo, y que sobrepasan en buena medida el mero fenómeno local. En ese sentido es importante poder abordar en términos metodológicos la dialéctica que existe entre sujeto y estructura.

En el plano local, consideramos que la Argentina ha vivido a partir del año 2003 un importante proceso de ampliación de derechos, reconstrucción del tejido social e intervención activa del estado en los asuntos sociales. De todos modos cabe remarcar que la cuestión de la tierra se cuenta entre los asuntos contradictorios y pendientes de este proceso político. En el año 2013, la entonces Subsecretaría de Agricultura Familiar del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación publicó el *“Relevamiento de problemas de tierra de los agricultores familiares en la Argentina”* donde se identificaron, relevaron y sistematizaron problemas vinculados al acceso, tenencia (garantía de la tenencia actual y regularización dominial) y distribución de la tierra, así como los conflictos que ellos generan. Registrando

un total de 857 situaciones problema en todo el país, abarcando una superficie del territorio nacional del orden de 9.293.233,80 hectáreas que afectan a 63.843 familias de agricultores familiares (2013: 11). Cabe subrayar que a los asesinatos de Miguel Galván y Cristian Ferrera, mencionados en la introducción, se suman Javier Chocobar⁸, Roberto López, Mario López⁹ y la muerte de Ely Juárez¹⁰, por nombrar solo algunos casos.

⁸ Javier Chocobar fue asesinado el 12 de octubre 2009 en la comunidad indígena de Chuschagasta, provincia de Tucumán. El terrateniente Darío Amín junto a dos ex policías se hicieron presentes en el lugar. Amín venía reclamando como suyo un sector de tierras perteneciente a la comunidad, utilizando un título de dudosa procedencia; y en 2009 había comenzado a explotar allí una cantera de laja. Tras generar una discusión con los comuneros, el terrateniente y los policías abrieron fuego con escopetas y revólveres, y mataron a Chocobar e hirieron a otras tres personas, una de ellas de gravedad.

⁹ El 23 de noviembre de 2010 manifestantes de la comunidad Qom La Primavera, en el norte de la provincia de Formosa, fueron desalojados por la policía provincial cuando cortaban la ruta nacional 86, mientras reclamaban no ser desalojados de sus tierras. En la represión fue asesinado Roberto López, al día siguiente, el dirigente Mario López murió tras ser atropellado por un policía.

¹⁰ Ely Juárez murió de un paro cardíaco el 13 de marzo del 2010, en medio de un desmante, cuando tres topadoras de la empresa Namuncurá avanzaron sobre las tierras de San Nicolás, con una orden judicial en la mano y policías uniformados asegurando el desalojo de su comunidad.

Capítulo 3

El Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Vía Campesina (Mo.Ca.S.E-VC)

Breve historia de la concentración de la tierra.

El proceso de consolidación del Estado-Nación, hacia la década de 1880 en Argentina, estuvo fuertemente marcado por la voluntad de constituirse como la frontera austral de la civilización europea, por parte de la dirigencia política del momento. Las ideas positivistas y la creencia en el progreso ilimitado de la especie humana, propios del espíritu de la época, permearon fuertemente la ideología de la generación del 80, y por consiguiente el proyecto político de nación que soñaron forjar.

El surgimiento de un Estado unificado debía enfrentar el hecho de que prácticamente la mitad del territorio nacional se encontraba exenta de control estatal. La resolución del problema implicó avanzar en el desplazamiento de las fronteras interiores. “La conquista del desierto” en 1879, hacia la Pampa y Patagonia, y la conquista del “desierto” chaqueño a partir de 1881, significaron piezas paradigmáticas de la consolidación espacial del Estado en construcción. Como bien lo plantea Grosso, “Desierto” fue el termino geopolítico con que la “modernidad civilizadora” denominó esos grandes espacios aun no conquistados, vacíos de “civilización”, aunque llenos de socialidad indígena (Grosso. 2008: 22).

El fuerte impulso a la migración a partir de la década de 1860, como parte del plan perseguido por la aristocracia nacional de traer “mejor población” para habitar el “desierto”, es parte de aquel anhelo. Como dice Trincherro, en el caso argentino hubo un principio positivo de construcción de la nacionalidad, que tuvo su anclaje en la territorialidad, en la ocupación de espacios vacíos; y un principio negativo, que se construyó en la elaboración del otro en términos de enemigo, “las poblaciones indígenas”, que precisamente detentaban cierto control sobre los territorios a conquistar (Trincherro. 2000: 130). Este proceso fue condición para la inserción del país en el mercado mundial, a través de la llamada división internacional del trabajo. El lugar que este le dio a América Latina consistió en la producción de materias primas para la exportación. Así Argentina dio comienzo a lo que se llamó “modelo agroexportador”.

Hacia fines del siglo XIX Santiago del Estero se insertó en este proceso a través de la explotación forestal, que se convirtió, bajo esas condiciones, en el principal sostén de la economía de la provincia. En el siguiente capítulo será explicado brevemente cómo fue ese proceso concretamente en aquella provincia, fuertemente atravesada por la explotación del algarrobo y el quebracho para esos años.

El territorio que actualmente ocupa la provincia de Santiago del Estero, desde su subordinación al modelo de acumulación capitalista, ha atravesado un profundo proceso de extracción y devastación de sus bienes naturales. En este sentido Alimonda plantea que las formas originarias del saqueo de los bienes naturales en América Latina, y sus hitos, algunos con una profundidad de 500 años, definen las características de lo que llama “la colonialidad de la naturaleza americana”, que continua repitiéndose en el siglo XXI, con la expansión de los monocultivos de soja, la minería y los agrocombustibles por poner algunos ejemplos (Alimonda. 2011:45-46).

Es importante resaltar la persistencia, no a-histórica ni inmutable, de formas de organizar la producción que podríamos denominar como *campesino-indígenas*, territorializada hoy sobre los últimos bolsones de biodiversidad de la provincia.

Retomando algunos aportes de Dargóltz cabe hacer un rápido repaso de lo que este autor ha denominado “procesos de campesinización y descampesinización” como proletarianización, por los que ha pasado la provincia de Santiago del Estero hasta llegar a la situación actual. Estos procesos estuvieron fuertemente direccionados por las formas productivas imperantes en la provincia para cada momento histórico.

El desarrollo de la explotación forestal durante el último cuarto del siglo XIX llevó a que muchos pueblos originarios, al igual que sucedió en general para el gran Chaco, fueran subsumidos bajo las formas de producción capitalistas, y su identidad étnica invisibilizada bajo la identidad de clase. La explotación de quebrachales de la provincia duró aproximadamente hasta 1943, cuando las empresas comenzaron a retirarse en busca de nuevas formas de enriquecimiento. Como consecuencia de esto gran cantidad de población de la provincia fue expulsada a las ciudades- según el censo de 1947 una cuarta parte de la provincia había emigrado-. Los hacheros que no migraron y se decidieron a quedar en la tierra que habían venido trabajando toda su vida llevaron a cabo un primer proceso de campesinización.

Como bien dijimos anteriormente, la explotación forestal tuvo un nuevo auge con la producción de tanino, que decayó hacia la década del 60 cuando fue reemplazado por la mimosa africana, provocando una nueva crisis de la actividad forestal en la provincia. Esto trajo como consecuencia un nuevo proceso de campesinización y de reconstitución de las explotaciones campesinas. En el censo de 1980 la proporción de población rural de la provincia había aumentado a un 40%. El comienzo del desarrollo de la agroindustria hacia la década del 80, con los cultivos de soja como un protagonista cada vez más fuerte, planteó un nuevo escenario en la historia de la disputa por la tierra en Santiago del Estero (Dargóltz, Raúl E. 1997)

Así se ha configurado de modo contextual un sujeto histórico que ha ido conformando una experiencia que hoy es asumida en términos de memoria histórica por las comunidades organizadas en el MoCaSE-VC. El movimiento agrupa a familias campesinas e indígenas del sur, este y norte de la provincia, que realizan en su mayoría una economía agraria de subsistencia (basada en la cría de ganado mayormente caprino, también vacuno, así como el cultivo –sobre todo de maíz y de zapallo-, y en algunos casos la producción de poste y carbón para la venta), que produce algunos excedentes para poder ser comercializados (como poste, carbón, dulces, mieles, escabeches, etc.). El Monte es para las familias campesinas e indígenas su medio de vida. Allí se construye y reconstruye, por medio de la organización, una alternativa que busca fortalecer la producción propia de alimentos y el autoconsumo, con la finalidad de abastecer los mercados locales, así como hacer innecesario salir a trabajar “para otros”.

El MoCaSE-VC como movimiento social.

A nivel nacional, el MoCaSE-VC forma parte del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI), una organización con presencia en ocho provincias del país, conformada también por el Movimiento Campesino de Córdoba (MCC), la Unión de Trabajadores Sin Tierra (UST) de Mendoza y San Juan, Tierra Fértil y Red Puna de la Provincia de Jujuy, la Coordinadora de Trabajadores Rurales de Misiones (COTRUM), el MNCI-Buenos Aires, la Mesa Campesina del Norte Neuquino (MCNN) y el Encuentro Calchaquí de Salta. A nivel latinoamericano forma parte de la Confederación Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), y a nivel mundial de la Vía Campesina. La producción de alimentos y

la reforma agraria resultan una apuesta política fundamental de la organización en todos estos niveles de participación, que se materializan en una propuesta productiva antagónica a los agronegocios. Propone la soberanía alimentaria, la agroecología y la Reforma Agraria Integral como banderas de lucha.

La agroecología propone una mirada hacia los sistemas agroalimentarios que revaloriza las formas de producción tradicionales del campesinado, no como elementos folclóricos sino como potencialidad productiva para otro porvenir, como valorización de un conocimiento acumulado históricamente por la humanidad, como combate del saber popular frente al productivismo de la lógica de la colonialidad moderna-capitalista: es un modo de producción de alimentos sin destruir la tierra, complementada con la idea de biodiversidad y respeto de la naturaleza asentada sobre la puesta en práctica de la memoria histórica de los saberes del pueblo. Por su parte, en el planteo de la soberanía alimentaria, el documento respectivo del Primer Congreso Nacional del MNCI plantea:

Para nosotros y nosotras, la Soberanía Alimentaria es el derecho que tiene cada estado y cada pueblo a la alimentación y a definir su modo de producción de alimentos de acuerdo con sus propias necesidades, dando prioridad a las economías y mercados locales y fortaleciendo la agricultura comunitaria. Alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles y producidos de forma sostenible y ecológica (MNCI. 2010)

La soberanía alimentaria se centra en la redefinición del sistema agroalimentario con principios agroecológicos donde la producción de alimentos reside en sistemas productivos locales agroecológicos en manos de campesinos y agricultores familiares destinados a alimentar al pueblo a través de mercados locales, y formas de intervención estatal que prioricen este modo de producir garantizando la autonomía en la capacidad productiva de las comunidades¹¹. La propuesta política de soberanía alimentaria nace de las organizaciones articuladas en torno a la Vía Campesina, guiada por los principios de la agroecología, y fue presentada durante la Cumbre Mundial de la Alimentación de la Organización de las Na-

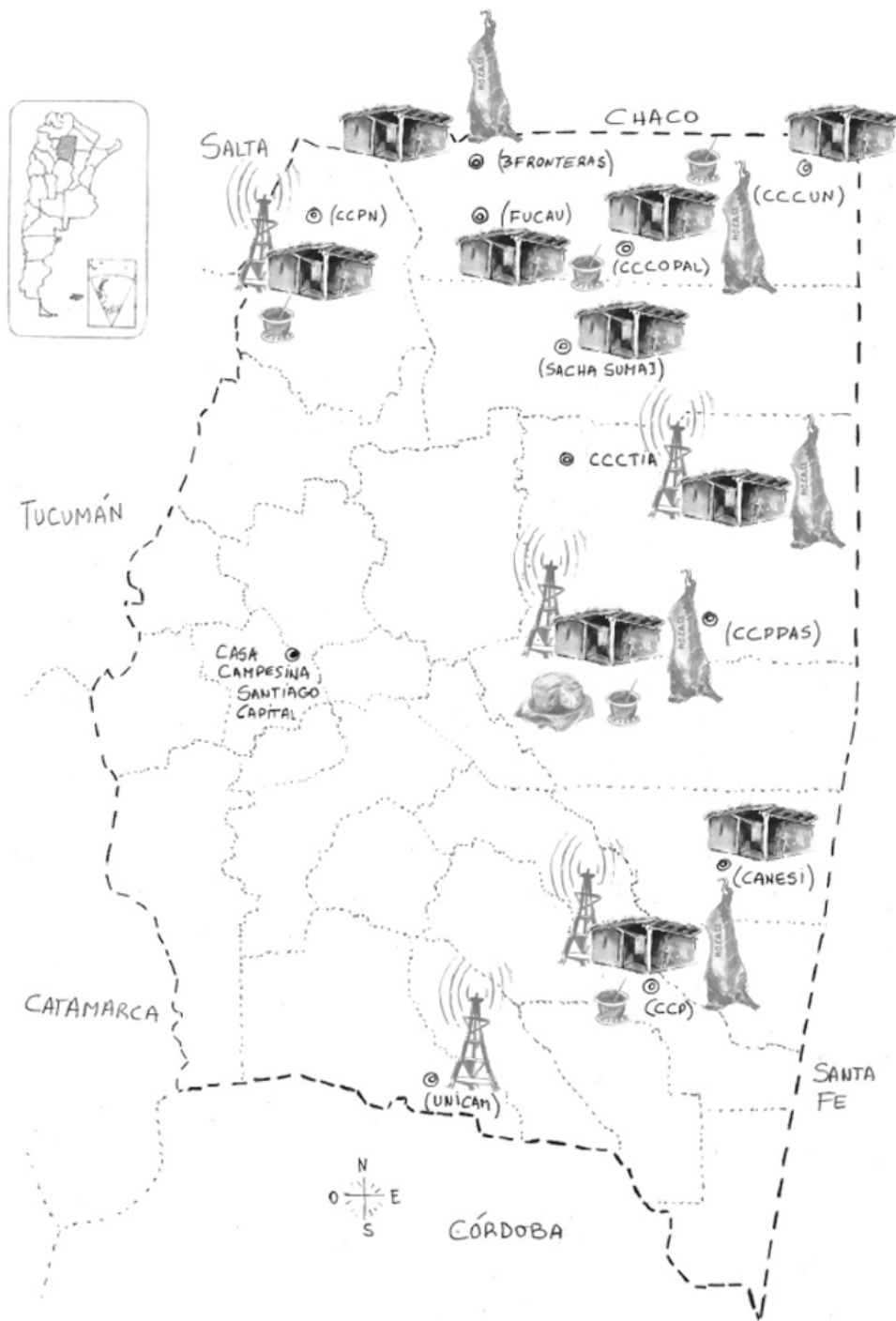
¹¹ Por ejemplo el programa “Hambre Cero” en Brasil a través del cual el Estado garantiza la compra de producción a las organizaciones campesinas y de productores permitiendo el acceso a los sectores populares a través de comedores escolares, etc.

ciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en el año 1996, como crítica al planteo de la “seguridad alimentaria” hecho por este organismo.

Hoy en día el MoCaSE-VC está conformado por diez centrales, una Universidad Campesina motorizada como Movimiento Nacional Campesino Indígena y una casa campesina en la ciudad capital:

- Central Campesina de Productores del Norte (CCPN). Pueblo Lule-Vilela
- Tres Fronteras. Pueblo Lule-Vilela
- Fuerza Campesina Unida (FuCaU). Pueblo Lule-Vilela
- Central Campesinos Unidos del Norte (CCuN). Pueblo Lule-Vilela
- Central Campesina de Copo y Alberdi (CCopAl). Pueblo Lule-Vilela
- Sacha Sumaj. Pueblo Lule-Vilela
- Carpa Negra La Simona. La Simona (CaNeSi)
- Comisión Central Campesina Tata Iaiá Ashpacán (CCCTIA). Pueblo Vilela
- Central Campesina de Pequeños Productores Ashpa Sumaj (CCPAS). Pueblo Vilela y Pueblo Guaycurú
- Central Campesina de Pinto (CCP). Pueblo Sanavirón
- Universidad Campesina (UniCam)
- Casa Campesina MoCaSE-VC

Desde sus comienzos, hace más de 20 años, el MoCaSE, asumió la lucha por la tierra, así como también por la mejora integral de las condiciones de vida de las familias campesinas indígenas, haciendo valer los derechos de las comunidades que atraviesan permanentes amenazas de desalojos de los territorios en las que viven. Estos se han intensificado en la década de los noventa con la expansión de la frontera agropecuaria, fundamentalmente por producción de soja (aunque no sólo), como símbolo fundamental de la profundización del modelo de los agronegocios.



Distribución de las centrales campesinas del MoCaSE en la provincia. Material del Grupo de Memoria Histórica del MoCaSe-vc

Los campesinos y campesinas se han ido organizando en la provincia desde mediados de los `80. En 1985 se desató un conflicto por la tierra en Los Jurés, departamento de General Taboada (ubicado en el sureste de la provincia), donde representantes de una empresa intentaron desalojar a 400 familias campesinas que ocupaban 120.000 hectáreas (300 hectáreas por familia en promedio). Como saldo de aquel conflicto se conformaron comisiones vecinales que confluyeron en una Comisión Central de Campesinos. Las familias no resolvieron completamente el problema de tierras pero fueron avanzando en aspectos productivos y de comercialización de la producción. La organización de los campesinos de Los Jurés marcó el inicio de un movimiento campesino de escala provincial. A partir de ese momento se fueron conformando en toda la provincia organizaciones campesinas con estructuras similares a la de Los Jurés (Durand. 2007: 98-99). El 4 de agosto de 1990 se constituyó el MoCaSE, que en su acta fundacional decía:

El MoCaSE sirve para buscar soluciones a problemas comunes, para ser representante de los campesinos ante las autoridades, para apoyar las peticiones de cada una de las organizaciones que la integran. Queremos diferenciarnos de la forma tradicional de hacer política, que se maneja con promesas incumplidas y que no le interesa promover la unidad y autodeterminación del sector campesino. Sabemos que el MoCaSE debe alcanzar un peso político, pero manteniendo su independencia de los compromisos partidarios, las instituciones también nos apoyan porque les conviene mantener su fuente de trabajo y a veces quieren controlar la orientación del proceso de organización (MoCaSE. 1990)

La estructura organizativa del MoCaSE, desde sus inicios hasta el 2001, estuvo formada por organizaciones locales denominadas Comisiones de Base y Comisiones Centrales o Centrales Campesinas (Tal cual se organiza hoy), y organizaciones de segundo grado constituidas por representantes de las organizaciones locales. También formaban parte del MoCaSE varias cooperativas campesinas. Se identificaba en términos generales como “organización zonal” a las Comisiones Centrales, Cooperativas y Uniones Campesinas, mientras que eran Organizaciones de Base las Comisiones que funcionaban a nivel local. El MoCaSE era dirigido por una Comisión Directiva formada por un presidente, vicepresidente, secretario, prosecretario, tesorero, protesorero y vocales, elegidos periódicamente (Durand. 2007: 101).

En 1999 el MoCaSE organizó, en la ciudad capital de Santiago del Estero, el congreso “*Campesinos y campesinas unidos en la lucha por la tierra y la justicia*”. De aquella instancia participaron delegaciones de la organización, así como otras organizaciones de la provincia que evaluaban su incorporación, y delegaciones también de otras provincias (algunas organizaciones de las cuales confluirían años después en el MNCI). Entonces se planteó como objetivo del congreso:

La necesidad de reflexionar sobre la situación del sector campesino en el contexto provincial y nacional, a partir de lo cual sería posible formular propuestas de políticas de desarrollo. También se proponía revisar la estructura y funcionamiento del MOCASE de modo tal que se avanzara tanto en lo referido a la ampliación de su cobertura a toda la geografía provincial, como en su consolidación como organización democrática y representativa con nuevas y mejores formas de participación (MoCaSE. 1999).

El Congreso marcó un momento de gran consolidación del movimiento y al mismo tiempo puso de manifiesto que, aunque los objetivos que perseguían las organizaciones que lo formaban eran similares, había estrategias de acción diferentes. En cuanto a la cuestión del financiamiento, la mayor o menor autonomía respecto a los programas sociales, fue en los años posteriores al Congreso uno de los factores en conflicto. Otro factor de disputa se dio en torno al debate sobre la estructura interna del movimiento. Mientras que algunas organizaciones pugnaban por una forma más horizontal donde las comisiones de base tuvieran mayor participación, otras querían mantener la estructura de funcionamiento de Comisión Directiva tal como estaba hasta entonces. Un tercer punto de discusión fue el criterio para formar nuevas organizaciones zonales: mientras algunos sostenían que aquellas familias campesinas que no formaban parte del movimiento y querían organizarse debían sumarse a la organización zonal más cercana, otras organizaciones proponían respetar la autodeterminación de las familias y su derecho a constituir una nueva organización zonal aunque hubiera alguna cercana en funcionamiento. Para un sector, el Congreso se constituyó en un momento fundante, o bien como un quiebre con la etapa inicial del MoCaSE, mientras que para otros las conclusiones carecían de importancia.

Las autoridades del MoCaSE debían ser renovadas en noviembre de 2001. Para entonces existían dos tendencias claras. Un sector convocó a realizar una asamblea con presencia de

todos los miembros de las comisiones de base en la Casa Diocesana de la ciudad de Santiago del Estero, donde se hicieron presentes los miembros de las organizaciones zonales de Pinto, La Simona, Guasayán, Tintina y Quimilí. Por otra parte la Central Campesina de Los Jurés, con el apoyo de los técnicos del Programa Social Agropecuario (PSA), había convocado a una reunión de delegados de las organizaciones zonales para elegir nuevas autoridades. El lugar de reunión elegido fue la sede del PSA en la ciudad capital, hasta donde llegaron los representantes de distintas organizaciones campesinas. Ambos grupos funcionaron en forma paralela, a pocas cuadras de distancia. Para el mediodía el grupo reunido en la sede del PSA ya había elegido nuevas autoridades y había decidido continuar con la estructura del MoCaSE, tal como funcionaba hasta ese momento.

El grupo que permanecía reunido en la Casa Diocesana sesionó en formato de asamblea constituida por miembros de Comisiones de Base y por miembros del CENEPP (Centro de Estudios Populares Participativos). Como primera medida, la asamblea se dio la decisión de eliminar el sistema de votación en la toma de decisiones, para pasar a proceder por consenso. Este sector se decidió a modificar la estructura organizativa del MoCaSE (que con el tiempo tomaría el nombre de MoCaSE-VC, por su integración a la Vía Campesina), que a partir de ese momento comenzó a funcionar mediante secretarías temáticas, y a las reuniones periódicas por central se le sumaría una reunión de secretariado cada cuatro meses, como instancia máxima de deliberación y resolución al interior de la organización (Durand.2007:104-106)

Podemos decir entonces, siguiendo a Norma Michi, que existen dos grandes períodos en la historia del MoCaSE-VC. La primera etapa como estructura de representación de las organizaciones zonales (la Comisión Directiva) o de los socios, donde se priorizaba la representación ante las autoridades y se procuraba mejorar las condiciones de vida y la capacitación de los campesinos; y una segunda etapa, ya como MoCaSE-VC, en la que forman parte de la organización todos los campesinos, donde se fueron consolidando tres dimensiones actuales: la lucha de resistencia por el territorio, la de los espacios de autogobierno y autogestión, y la del movimiento como actor político provincial, nacional e internacional (Michi. 2010: 218).

Por medio de la resistencia organizada, las comunidades de base del MoCaSE-VC han logrado permanecer en el territorio ante situaciones de fuerte conflictividad, con la inten-

cionalidad de recrear y reactualizar hoy una territorialidad campesino-indígena, no aislada sino con una fuerte voluntad de construcción de fuerzas entre el campo y la ciudad; al mismo tiempo que ha tenido la capacidad de interpelar a la sociedad santiagueña sobre la problemática de la tierra y de los alimentos, así como multiplicarse en otros puntos del país con experiencias que hoy forman parte del armado nacional del MNCI.

La Central Campesina de Productores del Norte (C.C.P.N)

Con los datos actualizados a enero de 2012 podemos decir que la CCPN se organiza en once comisiones de base que nuclean a 92 familias y un aproximado de 430 personas. La historia de la CCPN se remonta a los últimos años de la década del 70 cuando, con un fuerte impulso de la parroquia de San José del Boquerón, el cura Juan Carlos Constable acompañó a los campesinos y campesinas de la zona motorizando una organización de perfil más bien productivo. El saldo organizativo de esta experiencia fue la fundación en 1982 de la Unión de Productores del Salado Norte (UPSaN). En 1994 la comunidad El Retiro se unió a la UPSaN, y entre 1995 y 1996 la UPSaN pasó a formar parte del MoCaSE.

Con el tiempo la problemática de la tierra se hizo cada vez más apremiante, sin que la organización lo asumiera como un eje central. Por ese motivo, en el año 1997 un grupo de campesinos organizados en la UPSaN tomó distancia del cura y fundó la Organización Campesina de Copo, Alberdi y Pellegrini (OCCAP). En el año 1999 la organización participó en el Congreso del MoCaSE.

En 1998 comenzaron las primeras denuncias del empresario santiagueño Juan Carlos Pereyra con el fin de desalojar a los pobladores de la zona de la comunidad de El Retiro. Hacia el año 2001 la conflictividad por la tierra en la zona fue en aumento, y entonces comenzó a haber problemas dentro de la OCCAP por la forma de enfrentarlos. Ese año, Pereyra ejecutó denuncias tendientes a efectivizar desalojos en las comunidades de Manga Bajada y El Retiro. Las comunidades decidieron cortar los alambres puestos por el empresario en sus tierras y la OCCAP se manifestó públicamente, por medio de una nota periodística, diciendo que los campesinos estaban defendiendo su derecho de posesión con estas acciones, pero al mismo tiempo tomaba distancia planteando que aquéllos no pertenecían a la organización

Con el objetivo de evitar que los empresarios entren y saquen madera y carbón, se propuso hacer una carpa en el lugar del conflicto. Se apoyó sobre la experiencia de la Carpa Negra que el MoCaSE había instalado el 27 de octubre de 1998 en La Simona, ante el avance de las topadoras y la operación conjunta de la policía para sacar a los pobladores de sus tierras, convirtiéndose en un hito fundamental de la lucha por la tierra en nuestro país.

La carpa de Las Lomitas fue sostenida por cinco comunidades de base que pertenecían a la OCCAP: El Retiro, Tusca, El Puestito, Manga Bajada y Pueblo Nuevo. Algunos miembros de estas comunidades participaron en ese tiempo en la mesa del MoCaSE en representación de los campesinos y campesinas que resistían en la carpa, lo cual les costó ser echados de la OCCAP.

El 04 de Noviembre de 2001 las comunidades de base de Manga Bajada, El Retiro y Tusca decidieron formar la Central Campesina de Productores del Norte (CCPN). Aun funcionando a modo de dos centrales, la OCCAP y CCPN participaron de las reuniones de noviembre del 2001 en Santiago del Estero que tuvieron como consecuencia la división del MoCaSE. La primera participó de la reunión en el Programa Social Agropecuario, y la segunda de la reunión de Casa Diocesana.

El 3 de Marzo de 2003 se realizaron allanamientos en las comunidades de base de la CCPN, donde fueron detenidos varios campesinos de Manga Bajada y de El Retiro. Algunos debieron ser hospitalizados debido a descompensaciones. Ese año hubo un segundo allanamiento para llevarse detenido a Ramón Cuellar. En 2004 se creó la comisión de base Corral Quemado, distante unos 20 km al norte de El Retiro; y en 2005 un conflicto de tierras con el empresario Boy en las comunidades de La Soledad y Villa Estela, sobre la banda Este del río, desembocó en la organización de otra comisión de base en la zona.

En 2004 se plegaron a la ya existente Casa Campesina, las fábricas de dulces y de miel, que junto con las hilanderas de Corral Quemado, constituyen hoy las líneas productivas que se desarrollan como Central. Por esos años se inician una serie de visitas a comunidades de base cercanas, con conflictos de tierra (o no), para expandir la organización. Con el tiempo se sumaron nuevas comunidades de base a la central y otras, luego de pertenecer por cierto tiempo, y estando a distancias considerables, se constituyeron en dos nuevas centrales campesinas del MoCaSE.-VC: Fuerza Campesina Unida (FuCaU) y Tres Fronteras.

El día 19 de agosto de 2005 se dio resolución a la solicitud de la personería jurídica de la comunidad indígena Lule-Vilela El Retiro, le seguirán las comunidades de La Soledad-Villa Estela en 2007 y Corral Quemado, en 2009. La primera y la última, ubicadas en el Departamento Copo, y la restante en el Departamento Pellegrini.

En agosto de 2008 se fundó, en el paraje de Las Lomitas, la tercera emisora comunitaria creada por el MoCaSE, la radio Paj Sachama (que en lengua Quichua significa “El vuelo del Pájaro del Monte”), siendo la primera radio a nivel nacional que funciona con energía solar, con un área de cobertura de 80 Km. a la redonda.

Desde su apertura ha sufrido dos atentados, el primero en el año 2009 y el segundo en septiembre de 2011, por denunciar los atropellos y abusos de empresarios y terratenientes de la zona contra las comunidades.

Capítulo 4

Muertos ellos hemos quedado nosotros, muertos nosotros quedarán los otros. Puros indios somos.

Etnografía de la Memoria.

En este capítulo trabajaremos sobre el registro etnográfico que le da cuerpo al argumento que pretendemos desarrollar. Como lo plantea Leslie Rockwell (2009: 64), el trabajo etnográfico no debe ser entendido solamente como trabajo de campo, ya que una parte igualmente importante en este proceso es el trabajo analítico, que permite la producción de una descripción a partir de las notas de campo. Este trabajo de análisis tiene como objetivo poder construir nuevas relaciones conceptuales. En este sentido, podemos decir que, no entendemos los *datos* como algo dado, que surge de la simple observación, como algo que está ahí afuera y debe ser recabado, sino como una construcción del investigador, desde la propia mirada en su proceso de observación y análisis (2009: 65). Siguiendo con los aportes de la antropóloga mexicana, podemos decir que estas relaciones no son la suma de interacciones que ocurren entre personas, y por lo tanto no es posible inferirlas directamente de los sucesos que se observan y registran (Rockwell.2009: 72), sino que son construidas. En este sentido, como sostiene Rockwell, los conceptos no denominan cosas, sino que designan relaciones que no son observables directamente en la realidad, sino construidas por el etnógrafo o la etnógrafa.

Por su parte, Bernard Lahire considera que el trabajo interpretativo no interviene después de la batalla empírica sino antes, durante y después de la producción de los *datos*, que nunca son dados sino que están contruidos como tales por una serie de actos interpretativos (Lahire. 2006:42). Siguiendo a este autor, podemos plantear que el trabajo interpretativo de análisis de lo observado no siempre es pertinente y válido, sino que la pertinencia está definida en términos de dar razón del mundo social sobre el cual se está hablando. Así, un concepto sociológico es útil cuando es capaz de captar y organizar los elementos del mundo social en el que se basa (Lahire. 2006: 63-64).



Teniendo en cuenta, considerando estos aportes, la relevancia del proceso analítico e interpretativo en el trabajo etnográfico intentaré, a partir de mis registros, desarrollar una incipiente descripción analítica, partiendo de algunas categorizaciones que creo las observaciones reflejan en relación a la pregunta de investigación planteada en este trabajo: ¿Cuáles son las prácticas, sentidos e intencionalidades que construyen la subjetividad campesino-indígena? Para realizar un abordaje completo de la problemática, necesariamente debería analizar al menos la forma en que se plasman las prácticas e intencionalidades de tres sujetos, que van acompañadas de diferentes formas de interacción social: las prácticas, intencionalidades y los sentidos de los miembros de la comunidad el Retiro, organizados en el MoCaSE-VC, a la hora de reconocerse como sujetos campesino-indígenas; las prácticas, intencionalidades y los sentidos de los vecinos-otros, a la hora de reconocer, reconocerse, o no, en la identidad asumida; y por último, el nivel de contradicción entre el empresariado forestal y las comunidades. Aquí, y partiendo de las observaciones realizadas, analizaré el proceso de interacción al interior de la comunidad El Retiro, y sus procesos de memoria, enmarcados en un contexto de conflictividad social y contradicción de prácticas productivas y organizativas. Todo recorte es parcial, dejando para futuros abordajes otros niveles de interacción.



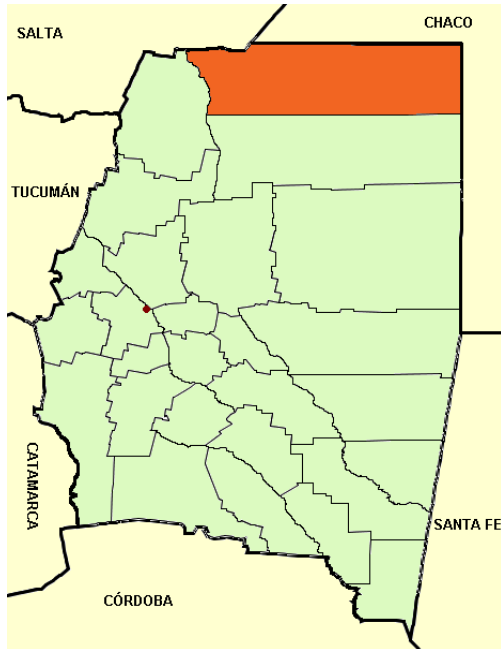
Camino de entrada a la comunidad El Retiro

El Monolito

Distante a 13 Km. de la Central de la CCPN, en el paraje Las Lomitas, se encuentra San José del Boquerón, un pequeño pueblo rural situado sobre lo que fue la Reducción Jesuítica de San José de las Petacas, fundada en el siglo XVIII por el padre Joseph Theodoro Bravo. Hoy el único vestigio visible de aquella historia es un pequeño monolito de menos de dos metros que recuerda la presencia de la reducción en la zona.

Marcelo Domínguez, Lucía Golluscio y Analía Gutiérrez (2006) han trabajado desde la lingüística en lo que denominaron el “complejo cultural Lule-Vilela”, de acuerdo con los datos del Registro Nacional de Comunidades Indígenas del INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas) el Estado Nacional ha reconocido la presencia de comunidades Lule-Vilela en la provincia de Santiago del Estero de población hablante de un dialecto de la lengua quechua (quichua santiagueño). Si bien eso las excluye del análisis actual del uso de la lengua Lule-Vilela que hacen estos autores, nos interesa retomar en parte la reconstrucción histórica de este pueblo. Plantean que los grupos de población nativa clasificados dentro del “complejo cultural Lule-Vilela” habrían tenido su hábitat original en el Chaco occidental y fue a partir del contacto con las culturas de la región andina, que algunos de los

grupos Lule-Vilela incorporaron pautas de asentamiento más sedentarias (Serrano 1947. citado en Domínguez, Golluscio, Gutiérrez.2006) y ciertas técnicas básicas de agricultura, que se superpusieron a un sustrato original cazador-recolector (Martínez Sarasola 1992. Citado en Domínguez, Golluscio, Gutiérrez.2006). De modo que, para el siglo XVI, distin-



Ubicación del departamento Copo, norte de la provincia de Santiago del Estero.

tas poblaciones Lule-Vilela ocupaban una vasta región que, extendiéndose entre los ríos Bermejo y Salado, abarcaba las actuales áreas noroeste de Chaco, norte de Santiago del Estero, noreste de Tucumán y sudeste de Salta (Domínguez, Golluscio, Gutiérrez.2006:202).

El antropólogo Santiago Bilbao trabajó en las intermediaciones de Boquerón durante la década del 60. Entonces escribió un artículo titulado *“Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño”* donde el autor se propuso reconstruir

la historia de la región. Allí afirma que los pueblos Lules y Vilelas ocupaban la zona originariamente, y subraya que la miel en forma abundante formaba parte de su producción y alimentación.

Bilbao subraya el hecho de que durante la Baja Edad Media se impuso en Europa la iluminación a vela de cera, y desde el siglo XV la cera de abejas fue considerada símbolo de la carne de Cristo. Así, la cera y la miel, que se exportaba entonces a Chile, Potosí y Perú, fueron unos de los primeros y principales recursos para los españoles afincados en Santiago del Estero y en el borde oriental de la gobernación de Tucumán en general, cuyas fronteras llegaban hasta el río Salado. Esta situación se mantuvo a lo largo del siglo XVII y también en el XVIII (Bilbao. 1964-65).

En un pasaje del texto *“El Indio en la provincia de Santiago del Estero”* Francisco Santucho afirma:

Los pueblos sedentarios ubicados en el centro y sud de la provincia, constituyeron la base sobre la que vino a elaborarse la estructura derivada de la conquista. Su tipo de economía y las características de su existencia, impidieronles ofrecer continuada resistencia al conquistador y debieron en

cambio aceptar la nueva situación que se les imponía. Los pueblos que estaban menos arraigados a la tierra en cambio, como los Lules-Vilelas y los Guaycurúes (Abipones, Tobas, Mocovíes), pudieron oponer una tenaz y porfiada defensa a la sujeción. Su tipo de economía y sus condiciones culturales, les permitieron abandonar la tierra cuando fue preciso y buscar refugio en lo más intrincado del Chaco y desde allí, azotar las zonas bajo la dominación española. El constante acorralamiento a que iban siendo sometidos y el aumento de las privaciones que en consecuencia iban sufriendo, acentuó su ímpetu belicoso, que se tradujo en constantes ofensivas al campo enemigo, en busca de despojos que les permitieran sobrevivir. Su situación se hizo tan desesperante a veces, que se vieron obligados a pedir reducción, y así se establecieron algunas de importancia, entre ellas en territorio santiagueño, la de Vilelas en 1735 a orillas del Salado; la de Abipones en 1752 sobre el Dulce y la de Petacas en 1762 sobre el Salado (F. Santucho. 1954:14).

En 1762 los jesuitas fundaron la Reducción de San José de las Petacas, en las inmediaciones del actual San José de Boquerón, que fue poblada especialmente por Vilelas, con el fin de *disciplinar a la indiana*. Siguiendo su política de autoabastecimiento los jesuitas sembraron sementeras, trajeron ganados y se dedicaron a efectuar excursiones meleras dirigidas por ellos mismos o aprovechando lo recolectado por los indígenas. Al parecer, los padres jesuitas acopiaban y comercializaban la cera y la miel que obtenían de los indios (Bilbao. 1964-65: 159). La otra gran introducción de los jesuitas fue la ganadería.

Las reducciones jesuíticas sobre el río Salado tuvieron una importancia trascendental para la región. Fueron los primeros núcleos estables de población después de la destrucción y despoblamiento de Concepción del Bermejo y Esteco, y permitieron el afianzamiento permanente de españoles y criollos en sus establecimientos ganaderos, que sería la actividad principal durante el siglo XIX. Luego de la expulsión de los Jesuitas, las reducciones pasaron a manos de los Franciscanos, y desaparecieron con el tiempo.

Con el sometimiento de las comunidades indígenas, se fueron asentando en la zona españoles y criollos, como ganaderos y colaboradores de los jesuitas. Estos ganaderos, una vez retirados los jesuitas, obtuvieron en propiedad las tierras que ocupaban las misiones. Lo que Martín de Moussy denominó el paso de la reducción a la estancia a fines del siglo XVIII (Moussy, en Bilbao. 1964-65: 161).

Ramón Cuellar, de la comunidad indígena El Retiro- Central de la CCPN-, cuenta que su padre decía que en las inmediaciones del posicionamiento actual del monolito se realizó un pozo revestido en madera y tapado con chaguar y tierra, donde los indígenas guardaron el

oro y la plata para que no fuera saqueado por los españoles. En esa zona, cuenta Delicia (Mujer de Ramón), se escuchan gallos e instrumentos por la noche: *La Salamanca* afirma.

Ambas anécdotas son, entre otros, emergentes de una memoria histórica en donde los actuales pobladores de la zona reconocen como propia una historia común y compartida con sus *antiguos, la gente de antes, los indios*.



Monolito que recuerda la existencia de la Reducción de Petacas.

Hasta hace pocas décadas, en el extremo norte de la provincia de Santiago del Estero (al igual que en toda la provincia), se negaba totalmente la presencia actual de comunidades indígenas. Existía si el reconocimiento a criollos quichuistas, pero toda referencia a las comunidades indígenas representaba una alusión a un pasado muerto. Sin embargo, a inicios del año 2000, para toda la provincia, el Estado Nacional contabilizaba diecinueve comunidades indígenas. Para el año 2011 ese número había escalado a treinta y uno, y para 2015 cuarenta y nueve. Hoy en día se reconocen seis pueblos indígenas en toda la provincia: Lule-Vilela, Lules, Guaycurú, Diaguíta-Cacano, Sanavirón y Tonocoté.

¿Cómo pudo la negación convertirse en potencia y reivindicación política? ¿Cómo se multiplicaron los indios si ya estaban muertos?

La mezquinamos a nuestra tierra.

Eduardo Gudynas plantea que existe hoy en América Latina, un “nuevo extractivismo”, que mantiene un estilo de desarrollo basado en la apropiación de la Naturaleza. Éste alimenta un entramado productivo escasamente diversificado y muy dependiente de una inserción internacional como proveedores de materias primas en el que, si bien el Estado juega un papel más activo, y logra una mayor legitimación por medio de la redistribución de algunos de los excedentes generados por ese “extractivismo”, de todos modos se repiten los impactos sociales y ambientales negativos.

El autor utiliza el rótulo de “extractivismo” en sentido amplio para las actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales, que no son procesados (o lo son limitadamente), y pasan a ser directamente exportados (Gudynas. 2009: 188). Si bien aquí se explican algunas características de un patrón actual, es importante resaltar que, como lo plantea Alimonad, el caso americano es un caso claro de devastación con una larga profundidad histórica, donde los colonizadores destruyeron su biodiversidad con fines claramente extractivos, sin que esta lógica se modificara (y en algunos casos incluso se profundizara) con la consolidación de los Estados-Nación independientes y a lo largo del Siglo XX.

Según datos de la Secretaría de Medio Ambiente, publicados en un periódico durante el año 2007, Santiago del Estero encabeza la lista de provincias que más desmontan: 515.228 hectáreas en los últimos cuatro años, lo que significa un 71,61 por ciento más que entre 1998 y 2002, y sólo con las familias que participan en el Mo.Ca.SE, existen tres millones de hectáreas en conflicto. Para el ciclo 2011-2013, según un trabajo de la Dirección de Bosques de la Subsecretaria de planificación y política ambiental de la Secretaria de Ambiente y Desarrollo sustentable de la Nación del año 2014 el número merma, pero se mantiene altísimo, 170.297 hectáreas, con una tasa de deforestación de 1,34%, el valor más alto a nivel nacional (Dirección de Bosques-Subsecretaria de planificación y política ambiental.2014)

Para ser explicativos aquí con aquello que Alimonad denomina “la Colonialidad de la naturaleza americana”, es fundamental retomar aquello que planteábamos en el segundo capí-

tulo de este trabajo: la Modernidad es inseparable de la Colonialidad, y en este sentido ambas esferas están ligadas dialécticamente. Como afirma Alimonda el trauma catastrófico de la conquista y la integración en posición subordinada, colonial, en el sistema internacional, como reverso al mismo tiempo oculto y necesario, de la modernidad, es marca de origen de lo latinoamericano (Alimonda. 2011: 19). En palabras de Aníbal Quijano, la Colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Su fundación se remonta a la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia social cotidiana y a escala societal. Se origina y mundializa a partir de América. Con la constitución de América (Latina), en el mismo momento y en el mismo movimiento histórico, el emergente poder capitalista se hizo mundial, sus centros hegemónicos se localizaron en las zonas situadas sobre el Atlántico y como ejes centrales de su nuevo patrón de dominación se establecieron también la Colonialidad y la Modernidad.

En resumen, con América (Latina) el capitalismo se hizo mundial, eurocentrado, y la colonialidad y la modernidad se instalaron asociadas como los ejes constitutivos de su específico patrón de poder, hasta hoy (Quijano. 2000: 342). En esta línea Alimonda subraya que el proyecto moderno implicó el ejercicio de un bio-poder sobre la naturaleza, entendido como poder sobre los espacios físico-geográficos, los suelos y los subsuelos, los recursos naturales, flora y fauna, el aprovechamiento de las condiciones climáticas. En este sentido podemos decir que los dispositivos de la modernidad, así como producen subjetividades y territorialidades, producen también “naturalezas” (Alimonda. 2011: 50). La naturaleza se presenta como algo a ser controlado y manipulado de forma tal que podamos extraerle sus ganancias.

La Colonialidad debe pensarse como una forma de relación social con características propias que desborda al colonialismo en términos de momento histórico particular que forma parte de una cronología. En este sentido, existe en la región un proceso histórico de devastación del Monte que no se reduce solo a los últimos años. Hacia fines del siglo XIX la explotación forestal se convirtió en el principal sostén de la economía de la provincia de Santiago del Estero. Esta actividad se localizó en las riberas de ríos navegables, lo que posibilitó un fácil acceso y salida a la población. El proceso de expansión ferroviaria y la explota-

ción de los bosques se implicaron mutuamente: madera para los “durmientes” de quebracho en que se asentaban los rieles, para postes de alambrado y telégrafo, y carbón para combustible eran requeridos en todo el país de manera creciente (Bazan.1984, en Grosso. 2008: 74).

La explotación forestal destruyó más de diez millones de hectáreas de bosques vírgenes. Dargóltz (2003) Plantea que es en este periodo que se formaron los latifundios forestales como consecuencia de los grandes remates fiscales de la provincia. El origen de los enclaves forestales santiagueños los encontramos en el gran remate de tres millones ochocientas mil hectáreas de bosques fiscales realizadas entre los años 1898 y 1904 por el gobierno de Adolfo Ruiz. Este mismo autor plantea que existió una primera etapa de gran explotación forestal en la provincia, que se extendió desde fines del siglo XIX hasta 1943 aproximadamente, cuando las empresas comenzaron a retirarse en busca de nuevas formas de enriquecimiento. Un nuevo despertar de la explotación forestal se dio cuando se instalaron en la provincia dos grandes fábricas de tanino del quebracho, como consecuencia del auge de este producto en el mercado internacional. Las fabricas Weisburd y Monte Quemado quebraron a fines de 1960 cuando La Forestal levantó todas las instalaciones del país al sustituir el tanino de quebracho por la mimosa africana, provocando una nueva crisis de la actividad forestal en la provincia.

Al preguntarle a Nicasio Cuellar de la CCPN sobre los cambios que había sufrido el Monte Nativo en la zona:

- ¿El monte ha cambiado? ¿Hay menos Monte ahora?
- Nica: Claro que ha cambiado, por supuesto que hay menos si mayormente al quebracho lo han acabado digamos... Primero era cuando han venido los obrajeros, que entraban lo hachaban al poste... vamos a decir... al colorado lo hacían madera, del quebracho blanco también lo hacían madera. Bueno, ahora cuando ya han empezado a quemar carbón ya lo han barrido todo...sea mistol, árbol, lo que sea. Si no ha quedado en parte, nada... lo han explotado.
- ¿Y en qué momento fue que empezaron los obrajes?

- Nica: No... eso ha sido mayor de mi porque yo era changuito y sabía venir para acá... del chileno que le decían, en un obraje grande que había por ahí... y veías los que hacían el trabajo, viejos ya y ya venían trabajando de mucho mucho mas antes que yo nací pues...
- ¿Y qué le contaba su padre de ese tiempo?
- Nica: Bueno, aquí a lo primero cuando vino... vino y se largó allá nomas... porque nadie le decía nada, como te digo...nadie conocía los derechos. Y así venían... cuando venían se metían...nadie le decía nada... todos han hecho así... le sacaban lo bueno y se mandaban a mudar... no eran poseionados como nosotros...

Hacia la década del 80 se produjo un cambio en el mercado de la tierra. Los títulos, que hasta ese momento habían servido como prendas hipotecarias y eran billete de cambio de un mercado financiero despreocupado por los legítimos pobladores, cambiaron su utilidad al producirse una revalorización de los cereales, granos y el ganado en el mercado internacional. Esto obedeció a varias razones: tecnologías de aplicación transgénica para la mejora de semillas en terrenos secos, tecnología apta y disponible para derribar monte, desertización de suelos productivos de otras zonas y por lo tanto un movimiento en busca de zonas “disponibles”. Así, el incipiente desarrollo del agronegocio hacia la década del 80, planteó un nuevo escenario en la historia del saqueo de bienes naturales en Santiago del Estero, pero con una historicidad mucho más profunda que lo inmediato.

Caminando por el monte con Ramón Cuellar en febrero de 2012 pasamos al lado de lo que fue un horno para hacer carbón. El suelo tenía un manchón negro y se veían ladrillos desperdigados alrededor. Entonces le pregunté qué había sucedido allí, a lo que me afirmó *“el que hace carbón va matando el monte, hay tantas cosas para hacer sin matar el monte...”*. Aquel era un horno familiar que habían decidido destruir para detener el desmonte realizado por ellos mismos. Las comunidades campesino-indígenas organizadas de la zona plantean como un problema grave a tratar el desmonte realizado por cuenta propia. Aun con una escala absolutamente diferente al avance de las topadoras y del desmonte realizado por los proyectos empresariales, sea para trasladar ganado, producir soja o para extracción maderera, se instaló en la zona desde el tiempo de los obrajes la producción de postes y carbón como una opción laboral viable. Uno de los desafíos más importantes motorizados por la organización a nivel territorial es impulsar la recuperación de la producción predial de ali-

mentos y los emprendimientos colectivos que permitan dejar las migraciones temporales, el trabajo “*para otros*” y la venta de postes y carbón por propia cuenta. En pocas palabras desmontar un dispositivo colonial de producción que opera bajo la enajenación del propio medio de vida, practicando una memoria histórica que permite reactualizar modos de vincularse con el monte de modo no extractivo¹². La defensa del monte como “cuadro de vida”¹³ está cargado de sentidos múltiples. La tenencia de vacas y cabras a monte abierto gracias a la inexistencia de alambrados permite un manejo comunitario de los animales. Vicente, otro de los viejos de la comunidad, recuerda:

Mi abuelo, siempre me decía: “Hijo, vos, cuando yo no aparezca, hacé... Desmonta las tierras... Y las tierras, quedan para vos. Es tuya, la tierra. Usted no lastime los palos que sean verdes. Nunca pa leña.” Me decía así. Y mi abuela, también: “Y siempre todos los palitos que sean secos, háganlos leña. Y palitos que no precise, no los corte ni los bote. Para los cercos, los secos.” Porque antes los cercos se hacían con ramas, nomás. De eso me he acordado. Eso me encargaban. ¡Viejito! Muy viejito. Yo eso me acordé. Lo que poco me acuerdo, porque había sido un chico, es de los indios que habían sabido tener la carpa aquí, como a dos kilómetros. Eso no me acuerdo. Porque aquí, ahí de la central para acá, había otra carpa, también. Ahí hay todavía las tinajas... Y allá, por Boquerón... La vivienda. Todavía están... piedras, no sé qué, hay (Vicente Cuéllar. Febrero 2012).

Caminar por el monte con Ramón o Nicasio Cuellar (de aquí en mas Nica), ambos hermanos y dos de los “*viejos*” de la comunidad, significa recabar un decálogo de las propiedades curativas de las plantas, atravesar un territorio cargado de significaciones y sentidos, resaltando el conocimiento histórico que se ha transmitido a lo largo de generaciones. En una conversación con Nica, afirmó enfáticamente “*el monte es nuestra farmacia*”.

En un recorrido con Ramón pasamos al lado de un quebracho blanco donde se detuvo y afirmó “*muchas yerbas medicinales tenemos que nadie sabe casi*”, y a continuación me explicó las propiedades curativas de ese árbol para tratar la diabetes. Al preguntarle a Ramón cómo había aprendido a hacer uso de las plantas del monte, afirmó que el provecho

¹² Vale aclarar que no entendemos esta forma como un abordaje conservacionista del monte, sino que pretendemos diferenciar una forma de manejo sostenible de una forma extractiva con la única finalidad de extraer ganancias.

¹³ Recapitulando los aportes, podemos decir que el territorio es una construcción, en términos de Milton Santos, “un cuadro de vida” socialmente apropiado (Santos. 2005).

del monte para el uso de las plantas medicinales “*es un legado de los primeros principales*”, haciendo referencia a los habitantes originarios de la zona.

Caminando por el monte con Nica, recordó una conversación sobre la eternidad planteada por el evangelio que habíamos sostenido hacia unos días, entonces me dijo “*yo estudio mucho el monte. Te voy a enseñar algo*”, y se detuvo al lado de un Vinal. Lo señaló y me explicó que ese árbol algún día moriría, a la par de ése crecían dos vinales pequeños, “*esos son de semillas de éste*” me dijo indicándome el vinal grande. “*Esa es la eternidad, es natural*”, me explicó. “*Con nosotros igual, morimos y después vienen nuestros hijos. La eternidad es que sigan los hijos lo que sus mayores empezaron. Esas son las enseñanzas de los viejos*”.

En una entrevista a Ramón Cuellar, al preguntarle por la importancia del Monte, dijo:

El (palo) que es verde no lo podemos cortar, porque es matar plantitas injustamente porque eso nos enseñaron los viejos principales a nosotros. Así era la orden de los primeros indígenas, que no cortemos un palo que no necesitemos porque es un crimen, y que no le hachemos un palo porque él necesita la vida. Cuando le está cayendo la resina, dice que eso es lo que llora el árbol, todo eso...y cuando andamos para sacar la miel, que no le voltiemos el palo. Si no lo puede sacar, déjelo al palo. Todo eso tenemos recomendaciones. Quizás de eso hasta ahora estamos teniendo monte todavía. Y como ven muchas plantaciones de árboles. Lo que más necesitamos es frutal: algarrobo blanco, negro, mistol, chañar. El quebracho blanco no es frutal, pero siempre tenemos para la sombra, para los animales. El monte es importante para todo, si no tenemos árboles ¿a dónde va a ir el agua? Inundaciones...necesitamos de los árboles y de toda planta (Ramón Cuellar. Febrero 2012)

Un punto importante de reconstrucción en este sentido, es que el legado fundamental que subrayan permanentemente con respecto a “*los viejos*”, “*los indios*”, “*los antiguos*”, es el cuidado del monte. Los ejes de lucha reivindicados hoy en el territorio, beben de una experiencia, y de una memoria histórica, que se basa en la reactualización de valores *antiguos* largamente descalificados por los dispositivos de la modernidad. Sea bajo la lógica extractiva de los proyectos empresarios, pero también (y en modo complementario) bajo el halo colonialista de un discurso del progreso que estigmatiza los valores y las prácticas históricas de los pobladores del lugar, así como la cultura situada que se dispone a cuestionar la mecánica homogeneizante del estado moderno y la reproducción del capital.

Conversando sobre los antiguos pobladores de la zona que habían pasado por la reducción de San José de las Petacas, Nica afirmó *“Muertos ellos hemos quedado nosotros, muertos nosotros quedarán los otros. Puros indios somos”*.

Al preguntarle a Ramón por la reducción de las Petacas me contó sobre la captura de niños que su padre le había relatado, y me dijo:

Una discriminación bárbara a los indígenas... por eso es nuestra la tierra, porque nosotros tenemos la sangre directamente de nuestros indios, nuestros pasados. Por eso es un orgullo defenderla a la tierra porque sabemos que es nuestra la tierra, no porque queremos venirse a adueñar de lo que no tenemos, de lo que no nos pertenece. Nosotros luchamos porque nos pertenece, y la mezquinamos a nuestra tierra. Para nuestros hijos, nietos, para los que están y los que no están. Por eso mezquinamos. ¿Y a donde vamos a tener nuestras familias si nos quitan por ejemplo, los empresarios nuestras leyes de posesión? Nos arrasan las casas, muchas veces nos han quemado las casas. Hasta nos acababan matando los animales. Para que nos puedan bajonear. Hasta han alcanzado a matar, hacernos reprimir con la policía, contratando gente matona como ha pasado con Cristian (Ferreira), pagando gente para que nos maten. Porque estamos luchando por lo nuestro (Ramón Cuellar. Febrero 2012).

Alumbrar a los Muertos.

Entrando algunos metros detrás del monolito que recuerda la presencia de la Reducción de San José de las Petacas se encuentra el viejo cementerio de San José de Boquerón. Al verlo le propuse a Esteban Cuellar (Hijo de Ramón) entrar a conocerlo, a lo que me contestó algo dubitativo que no tenía velas consigo. Le pregunté si había algún familiar suyo o ser querido enterrado allí, y me contestó que no. *“Cuando prenden velas ¿les piden cosas?”* le pregunté. Me dijo que sí, y me explicó que se les pedía que les diera buena suerte en la producción, en la caza o si perdían algún animal. *“Ellos trabajaban en el campo como nosotros, por eso nos pueden ayudar”*.

Hablando de los *“antiguos”*, Nica me había contado del hallazgo, junto con Sergio Cuellar, de un indio muerto al que le alumbraba. *“El finadito”*, le decía, también *“el halladito”* oí que lo nombraba. Me explicó que lo encontró a la par de un viejo canal en el año 1986 (aprox.) limpiando una zona para armar su cerco. Entonces juntó los restos y los enterró a la par de un quebracho blanco donde hizo una cruz a la que le prende velas los días lunes, cuando empieza la semana.



- Nica: Ahí (indica con el dedo) hemos hecho un cerco, y Sergio ha estado sacando una planta, y de ahí sacó un cadáver... un muerto. Tío, me dice, aquí hay un hueso... e iba sacando pedacitos... los dientes sanitos... no había ni señas que había estado ahí... se nota que había sido un canal ahí (...). Luego lo saco y lo pongo al lado de un quebracho blanco, le hago una cruz ahí y siempre le sabía poner velitas yo...
- ¿Y sigue ahí la cruz?
- Nica: Sí...
- ¿Y le prende velas?
- Nica: Sí...
- ¿Qué le pide?
- Nica: Que ande bien la cosecha...

Al comentarle a Ramón sobre la historia que me había contado Nica del indígena al que le alumbraba, me comentó que también él en su cerco hace muchos años, cuando empezaba a armarlo, había encontrado unos huesos y pelo, junto a algunas tejas de tinaja¹⁴. Afirmaba

¹⁴ Las tejas de tinaja es el nombre que los pobladores locales le dan a los pedazos sueltos de cerámica rota que alguna vez formaron parte de una vasija funeraria, u otros elementos.

que esos restos eran de un indio. Entonces habían juntado los huesos en un plástico y los habían enterrado al lado de un Mistol, dentro del cerco, a modo de tumba, y allí lo alumbraban usualmente también los días lunes. Ramón me comentó que ahora no lo hacían hace un tiempo, pero que sí era una costumbre que habían mantenido largamente. Al preguntarle por qué lo hacían me explicó que él alumbraba pero pedía con un nombre: Marcelino Cuellar. Ese hombre había habitado la zona y conocía mucho de la vida en el campo. *“Me recomiendo a los muertos porque ellos sí supieron mucho de la vida en el campo. De los animales, de la cosecha, o de atajar algún animal. Por eso le pedimos”*.

Al preguntarle por esa historia a Ricardo Cuellar (Hijo de Ramón) hizo una distinción entre el culto a los santos y alumbrar a los indios muertos, alumbrar a un *hermano*:

Si nosotros encontramos esas cosas en el cerco, o por ahí, creemos que por algo estaba ahí. Y bueno, que pongamos una velita y que haga llover y podamos cosechar tranquilos. Y a veces se da. Son cosas que no porque las pidas se hacen nomás...y cómo viene eso no sé... pero a veces se ha dado que se consigue, y por eso uno cree que existe una fe ahí. Y vemos que los santos si son algo impuesto porque son más hechos de material, y aquellos hermanos que han dejado sus huesos ahí, son huesos, son seres humanos... (Ricardo Cuellar. Febrero 2012)

La Carpa de la Resistencia.

La primera vez que estuve en las Lomitas fue en 2010. En esa ocasión me encontraba trabajando con jóvenes prontos a entrar a la escuela de Agroecología que impulsa el MoCASE-VC en Quimilí. Una de las propuestas de trabajo que teníamos consistía en trabajar sobre la memoria histórica de la comunidad. Pensando sobre el mejor lugar para realizar ese trabajo, la comunidad nos indicó que fuéramos al lugar donde estuvo la Carpa Negra en el año 2001. Se subrayaba la importancia de ese lugar como marca territorial de la memoria viva de la comunidad. *“Ahí nos iniciamos a la lucha”*, me dijo Nica entonces.

Después se vino el conflicto en esta zona, en el departamento Copo, problemas de tierras en esta comunidad. Y ahí, mientras nos organizábamos, pusimos una carpa de resistencia, estuvimos casi 5 meses resistiendo porque nos querían sacar con topadoras, jueces, policías todo eso.

El primer conflicto fue el 7 de julio de 2001. Mientras nosotros nos juntábamos de varias comunidades, nos acompañaban y veíamos la posibilidad de hacer una nueva organización, con asamblea, participativa. Mientras pensábamos la lucha nosotros proponíamos: “che, por qué no nos organiza-

mos de esta forma y esto”. Y así fue que tres comunidades nos quedamos juntas y formamos esta nueva central, sin depender de nada. Bueno, así quedaron los otros compañeros con la OCCAP. De ahí empezamos una lucha diferente, a participar distintos tipos, en distintas actividades y alguno ha quedado a resistir. Fueron compañeros presos, los sacamos, volvimos a resistir, la policía lo atrató en el monte, varias horas con fin de firmar papeles y esas cosas. De ahí nos fuimos haciendo más fuertes y a conocer a la gente del MoCaSE, nosotros no conocíamos (Sergio Cuéllar. Febrero 2012)

En aquel lugar se pueden ver hoy los horcones que sostuvieron la carpa durante los meses del conflicto. También un quebracho blanco donde hay marcadas inscripciones de la fecha del posicionamiento de la carpa. Un tunal que plantaron entonces, hace de marca territorial. En ese mismo lugar, en enero de 2012, Nica me afirmó: *“Acá empezamos la lucha, y esta lucha la ganamos”*.

Capítulo 5

La construcción del Sujeto Político Campesino-Indígena.

Practicar la Memoria, Descolonizar el territorio.

Tomando en consideración los aportes del geógrafo brasileiro Lópes de Souza, sostenemos en primer lugar, que el territorio es fundamentalmente un espacio delimitado y definido por, y a partir, de relaciones de poder. Es la dimensión política, antes que cualquier otra, aquella que define el perfil de un territorio. Pero es importante aclarar que las razones o motivaciones para conquistar o defender un territorio pueden tener una impronta fuertemente cultural o económica, y que el énfasis que se ponga sobre una dimensión u otra responde más bien a una abstracción metodológica preocupada por separar dimensiones que pueden ser distinguibles, pero nunca separables en la realidad (Lópes de Souza. 2004: 60). Lópes de Souza llama la atención sobre el hecho de que confundir el territorio con el sustrato espacial material, es equivalente a cosificar el territorio, haciendo que no se perciba que, la cualidad de la proyección espacial de las relaciones de poder, los recortes territoriales, las fronteras y los límites pueden todos moverse, sin que necesariamente el sustrato material que sirve de soporte y referencia material para esas prácticas cambien (Lópes de Souza.2004: 61).

Rogério Haesbaert complejiza la cuestión del poder, planteando diferentes dimensiones que deben ser comprendidas en forma integral. Por un lado en términos de dominación, haciendo alusión a un carácter político económico; y por otro en términos de apropiación, haciendo alusión a un carácter simbólico-cultural. En este sentido, las formas de apropiación y/o de dominación deben ser entendidas como parte de un *continuum* en la relación sociedad-espacio, y en el marco de una concepción multi-territorial. Aquí descansa, quizás, su aporte más importante, la idea de que todo proceso debe ser entendido dentro de una multi-territorialidad, ejerciendo desde aquí un fuerte debate con aquellas concepciones que pregonan la existencia de procesos de des-territorialización como procesos cerrados. Haesbaert viene a decir que la des-territorialización debe ser comprendida en el marco de una reconfiguración de los territorios des-territorializados, y no una desaparición de estos (Haesbert.2010), es decir dentro del esquema territorialización-desterritorialización-

reterritorialización. Por su parte Mançano Fernândes plantea que el territorio es un espacio geográfico y social específico, un espacio apropiado por una determinada relación social que se produce o se mantiene a partir de una forma de poder (Mançano Fernandes.2005).

Recapitulando los aportes, podemos decir que el territorio es una construcción, en términos de Milton Santos, “un cuadro de vida” socialmente apropiado (Santos. 2005). En tanto producto social, el territorio es algo inacabado, en permanente movimiento de territorialización, un proceso de dominio (político-económico) y/o de apropiación (simbólico-cultural) que realizan los grupos humanos en un espacio determinado. El territorio, como construcción social, emerge de procesos económicos, culturales y políticos. Por la importancia que guarda para nuestro trabajo, vale subrayar que el territorio es un espacio de identificación, donde la afectividad en la relación con ese territorio, en términos de imaginario, representaciones y memoria cumple un rol fundamental (Vieira Medeiros. 2004).

A partir de los aportes realizados hasta aquí, y siguiendo a Esther Ceceña, podemos afirmar que el capitalismo construyó, y construye, una objetivación de la naturaleza para establecer su dominio, y una vez que el territorio, la naturaleza y la sociedad adoptan carácter de objetos, pueden ser organizados funcionalmente. En este sentido el ciclo de acumulación del capital en su fase neoliberal llegó acompañado de su propia manera de apropiarse de los territorios y re-funcionalizar el espacio¹⁵ (Ceceña.2008: 8-9) de modo tal que la actual territorialización del capital, en términos de un profundo proceso de mercantilización y saqueo de los bienes naturales, está modificando las territorialidades existentes.

El desplazamiento de la frontera agropecuaria para producción de soja, así como el impulso de los agrocombustibles, son algunos ejes- no los únicos- de avance sobre regiones subalternas, que entendemos como la manifestación concreta de la territorialización del agronegocio. En este sentido decimos que los agronegocios se apoyan sobre una lógica de territorialización excluyente, donde se disocia la toma de decisiones sobre el manejo de un territorio de las poblaciones que lo habitan (GEPCyD.2007). A decir de June Nash, se da un proceso por el cual pueblos indígenas, cultivadores en las pocas selvas tropicales restantes, así como pequeños campesinos de semi-subsistencia, son de interés del capital global sólo por los ricos recursos existentes en los territorios que ocupan, o bien por las propiedades

¹⁵ Desde la década de los 80, la segunda revolución verde conocida como la revolución biotecnológica vino en busca de profundizar los márgenes del proceso anterior (la revolución verde de los años 60), lo cual trajo aparejado una enorme reconfiguración de los territorios.

genéticas de sus plantas, animales, e incluso, de sus propios cuerpos, en las biosferas de las que son custodios (Nash.2001: 27-28). Es decir que los agronegocios, en el marco de esta etapa de acumulación del capital, no prioriza la subordinación del trabajo humano en los espacios rurales, sino los territorios que estas poblaciones habitan, así como los bienes naturales que esas poblaciones manejan¹⁶. De modo tal que la reproducción de este modelo implica en sí mismo la expulsión de estas poblaciones de sus territorios, desapropiándolos del acceso a la tierra y a la producción.

Murmis sostiene que el capitalismo en esta etapa de acumulación no necesita de la unidad campesina, ni siquiera para subsumirlo. No como un proceso de descampesinización que lleva a la proletarización de éstos, sino como un engrosamiento de grupos de población que quedan fuera de las posibilidades de participar en la producción y en la reproducción (Murmis. 2002). Cabe aclarar que entendemos este fenómeno como tendencia y no como hecho consumado total. Como dice Deo Carrizo, miembro del MoCaSE V.C, a propósito de los desalojos:

Es parte de una realidad, que no sólo en Santiago está ocurriendo. Muchas comunidades que han vivido en Latinoamérica en su tierra, en su territorio, porque la tierra está valiendo mucho para el mercado, quieren sacarlas para destinarlas a siembra de soja, o destinarlas a monocultivo de lo que se viene con eso de los agrocombustibles. Y no son para producir alimento. (Agencia de Noticias Biodiversidad. 2008)

Este es un punto fundamental para comprender los argumentos de defensa de los bienes naturales de las organizaciones campesinas e indígenas, así como su mensaje a la humanidad: la destrucción de las comunidades campesinas e indígenas, implica en el mismo movimiento, la destrucción del medio, necesario para la reproducción de la vida humana en el planeta tierra.

¹⁶ Cabe aclarar que entendemos este fenómeno como tendencia cargada de contradicciones, y no como hecho totalmente consumado.

Desde la década del 60 pero con más fuerza en los últimos veinte años, en Santiago del Estero se vienen sucediendo intentos, muchos de ellos efectivos, de desalojo de los pobladores y de destrucción del bosque nativo tras el impulso de los agronegocios¹⁷.

Como bien dice Eric Wolf al examinar las dinámicas de la protesta rural en América Latina, al modificarse las condiciones estructurales del modelo productivo, se modifican las estrategias de lucha, y simultáneamente, esas estrategias de lucha pueden ejercer presión para modificar esas condiciones estructurales (Wolf. 2003). En este sentido decimos que la territorialización de los agronegocios choca con aquellas territorialidades que, si bien subordinadas, han pervivido y resistido durante décadas, y en algunos casos durante un tiempo inmemorial, aunque no sin conflicto. Así pretende excluirlas y arrinconarlas (vía desalojos, envenenamiento de los campos, etc.), al mismo tiempo que estas se organizan, amparándose sobre una larga tradición de resistencia y permanencia en el territorio. Al preguntarle a Ramón Cuellar, por el tiempo que hace que ellos viven allí, afirma:

Así que aquí nosotros por lo menos vivimos... más o menos de la edad de mi papá, de mi abuelo, mi bisabuelo... 400 años. Nosotros sumando más o menos lo que han vivido ellos, 400 años más o menos... y mi bisabuelo y más los otros indígenas que vivían...seguro más... porque acá eran todos indígenas, contaba mi abuelo al finado mi papá...(Ramón Cuellar. Febrero 2012)

Como planteamos anteriormente, la embestida actual guarda diferencias con procesos anteriores en el sentido de que el conflicto ahora se basa en una contradicción irreconciliable en cuanto al control efectivo, usos y sentidos del territorio. Poniendo el eje sobre la conflictualidad territorial, Domínguez subraya el hecho de que los conflictos por la tierra en Argentina son un indicador de la persistencia y recreación del campesinado y los pueblos originarios como sujetos políticos. Pero llama la atención al mismo tiempo sobre el hecho de que, si bien los términos de esta conflictualidad son novedosos, es necesario tener presente que la misma se apoya sobre un antiguo y silenciado entramado de resistencias y luchas contra la violencia simbólica y material que se fue componiendo para realizar la visión de una Argentina urbana, occidental y moderna, encaramada en el proyecto del “progreso”;

¹⁷ Para un abordaje de la problemática judicial de la tierra en Santiago del Estero ver Barbeta, Pablo (2009) *En los bordes de lo jurídico. Conflictos por la tenencia legal de la tierra en Santiago del Estero*. Tesis de doctorado. Programa de Doctorado de la FFyL-UBA.

donde la relativa ausencia geográfica y política del campesinado y los pueblos originarios (en comparación con el resto del continente) es consecuencia sí de una lógica genocida desplegada tempranamente sobre estas poblaciones, pero también consecuencia del fuerte esfuerzo homogeneizante ejecutado por las elites nacionales (Domínguez. 2009: 10-11).

Porto Gonçalves habla de la “reinención de los territorios” (Porto Gonçalves. 2009), la recreación de la territorialidad campesino-indígena va de la mano de un reposicionamiento coyuntural del sujeto político campesino-indígena. Una recreación táctica y estratégica de forma organizada que no pretende volver sobre formas prístinas e intocadas, sino sobre prácticas productivas que tienen una historicidad propia, una memoria y una experiencia, que por lo tanto plantean modos “alterativos”¹⁸ de construcción de poder de la modernidad capitalista.

Aquí es interesante retomar los aportes de Pilar Lizárraga en torno a los debates sobre la construcción del Estado Plurinacional en Bolivia, donde la autora plantea que se desarrolla un conflicto entre dos concepciones antagónicas de concebir el territorio. Por un lado el territorio de la dominación¹⁹, organizado bajo los patrones de la propiedad privada, y que expresa su imagen territorial a partir de instituciones y mecanismos bajo los cuales opera el patrón de poder mundial; y por el otro, la descolonización que implica para la autora la desarticulación de ese monopolio establecido a partir de las instituciones de este sistema de dominación: entre ellas las formas que toma el Estado Moderno capitalista²⁰ en los modos

¹⁸ Planteamos aquí el concepto de alterativo, y no alternativo porque creemos que las formas de construcción de poder popular acumulan en sentido tal que deben alterar, y de hecho alteran, las condiciones materiales de existencia y reproducción del sistema capitalista. Dada la capacidad hegemónica y el carácter sistémico del capitalismo en su etapa actual consideramos que es imposible pensar en formas de construcción de poder que estén absolutamente aisladas de la subordinación y reproducción del capital, lo cual no implica que reconozcamos niveles de organización autónoma.

¹⁹ Roseberry hace un abordaje del concepto de hegemonía, vía Gramsci, en el que lo entiende como un proceso de dominación y lucha problemático, disputado y político, en oposición a aquellas interpretaciones que le dan un sentido más ligado a una formación ideológica terminada y monolítica. propone un uso del concepto que no apunte a comprender el consentimiento sino a comprender la lucha; las maneras en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos usados por las poblaciones subordinadas para hablar sobre, comprender, confrontar, acomodarse a o resistir su dominación, son modeladas por el proceso de dominación mismo. Lo que construye la hegemonía, entonces, no es una ideología compartida sino un material común y el marco significativo para vivir a través de, hablar sobre y actuar en órdenes sociales caracterizados por la dominación (Roseberry.2002).

²⁰ Cabe aclarar, y más hablando del caso boliviano, que entendemos al Estado como un campo dinámico, cambiante y contradictorio; no como una relación inmutable sino que, por el contrario en su compleja composición no deja de ser hoy, también, condición de posibilidad de emancipación.

de organización del territorio que ha ido configurando en el control del espacio, y las empresas que operan a partir de los mecanismos de la propiedad privada de la tierra. En este sentido la lectura de la propiedad privada en cuanto territorio materializado es la extensión de este monopolio que se establece para el control de los recursos y del excedente generado de la producción. La geografía de la dominación opera bajo la lógica de la productividad y el “espacio vacío”, deshabitado, a ocupar (Lizárraga. 2009: 10). Retomando estos aportes, podemos decir que descolonizar el territorio implica para la autora desmontar un orden de dominación y dar paso a la geografía de los pueblos expresado en esta nueva concepción de espacios, de tiempo y de construcción de poder traducido en otras formas de organización política, sobre la base de otros territorios: invisibilizados y dominados (Lizárraga. 2009: 1).

La “reinvención de territorios” como proceso descolonizador constituye una dialéctica con los sujetos organizados que motorizan dicho proceso de modo tal que sus subjetividades también se ven atravesados por el movimiento descolonizador. En este sentido, Gastón Gordillo plantea que la producción de memorias está profundamente ligada a experiencias contemporáneas al acto de recordar, y de este modo, contribuye a definir valores con implicancias políticas en la definición de campos hegemónicos (Gordillo. 2007: 34). La producción de memorias es contextual, y por tanto histórica, y en este sentido, si nos preguntamos por el modo en que se nutre esta producción de memorias, podemos retomar la propuesta de Rivera Cusicanqui, quien propone pensar, para el caso del movimiento campesino-indígena boliviano, en la existencia de dos horizontes de la memoria: una memoria larga, que puede extenderse hasta la reconstrucción del proceso colonial, y su continuidad en el tiempo; y una memoria corta, que para el caso boliviano implica la revolución de 1952 y la irrupción del campesinado- indígena boliviano como sujeto político (Rivera Cusicanqui.2003). En aquel caso, la socióloga boliviana analiza el modo en que la complementación dialéctica de ambas se sintetiza en los marcos ideológicos del Katarismo, y en su práctica. Es decir que la asunción ideológica de esa memoria histórica se configura en términos de sujeto colectivo. Este punto es sumamente importante para nuestro planteo pues nos permite comenzar a tejer el análisis del sujeto político, que asume ideológicamente su producción de memorias nutriéndose de procesos de larga duración, donde lo “mítico” y lo real se mezclan en un relato de temporalidades confusas y no lineales: *Los españoles, la reducción de las petacas, Los Viejos, Los Antiguos, los indios, el obraje, las migraciones*, etc. Pero esta memoria

asume un orden en forma de relato reivindicativo por parte de la organización que se reconoce dentro de esa experiencia, de esa historia, dialogando así también con la resistencia en la carpa negra durante el año 2001 y todo el proceso organizativo de las últimas dos décadas.

Volvemos sobre Gordillo cuando plantea que antes que entenderla como una representación, la memoria social debe ser entendida como una práctica que contribuye a definir campos políticos, a internalizar y reformular discursos hegemónicos y a dar forma a la textura de configuraciones espaciales: la espacialización de la memoria y la producción de lugares (Gordillo. 2007: 15). Aquí trabajaremos sobre la hipótesis de que el desarrollo del vector de conflicto, encarnado en la “territorialización excluyente” que propone el agronegocio, y su contradicción con la territorialidad campesino-indígena impulsada por las comunidades organizadas en el MoCaSE-VC, actualiza la práctica de la memoria social, sintetizando el horizonte largo y el corto en la construcción del sujeto político campesino-indígena, operando por lo tanto también en la actualización de las identidades colectivas. Aquí, la identidad étnica se asume, en la contradicción que genera la fricción de territorialidades. Ante la amenaza de ser despojados de sus territorios, las comunidades afirman que han estado siempre ahí y eso es lo que las reposiciona subjetivamente. La etnicidad puede ser entendida aquí en términos de Cardoso de Oliveira (1992), como una construcción ideológica que expresa y organiza la asunción grupal de las representaciones colectivas, construida en el devenir de las interacciones sociales históricas en sus condiciones materiales concretas²¹.

Este es un proceso dinámico, donde se pone en juego un movimiento que consiste en practicar la memoria, y descolonizar el territorio. De este modo se da un proceso de revalorización y resignificación de prácticas que funcionan como catalizador que reconfigura el horizonte de la memoria de dichas comunidades, y así el modo de entender el pasado, y por lo tanto el modo de plantear y entender sus prácticas actuales. Ejemplo de esto puede ser el sentido que cobra la idea de “*la tenencia comunitaria de la tierra*” y “*la relación con la naturaleza*”, que se ligan al quehacer de los “*antiguos*”. Esta es una de las dimensiones desde las cuales entra en escena la cuestión étnica.

²¹ Vale considerar la dimensión afectiva de este proceso, desplegada en lo que respecta a la lucha por los sentidos comunitarios y colectivos de la vida social, así como el modo en que las formas de relación con el medio actualizan lo étnico (Bartolomé.1997).

En una nota del periodista Darío Aranda, publicada en el diario Página/12 el día 12 de octubre de 2010 se plantea el caso de comunidades organizadas en el MoCaSE-VC que comienzan a lo largo de estos últimos años a auto-reconocerse como pueblos Lule-Vilela, Guaicurú, Diaguita, Sanavirón y Tonocoté. En esa misma nota, Ángel Strapazzón, miembro del movimiento, afirma que “En los últimos años se recuperó la identidad de unas treinta comunidades. Y sin duda es una forma de lucha, de comenzar a recuperar la historia”. La nota resalta el hecho de que el Estado contabilizaba a inicios de 2000 a sólo diecinueve pueblos indígenas en la provincia. A partir de la organización ahora se reconoce la existencia de 31 pueblos originarios.

En el orden nacional, en 1994, y fruto de largos años de lucha de las organizaciones indígenas en Argentina, la Convención Constituyente realizada en la ciudad de Rosario, incluyó dentro de la carta constitucional el artículo 75 inciso 17 que reconoce algunos derechos de los Pueblos Originarios en nuestro país. Desde entonces, este marco legal se convirtió en una forma de canalizar el reconocimiento de las formas comunitarias de propiedad de la tierra. En este sentido, la dimensión jurídica se constituyó como una herramienta más, puesta a jugar en la lucha por el territorio. En el año 2006 se promulgó la ley nacional 26160 que declara “la emergencia en materia de posesión y propiedad de las tierras que tradicionalmente ocupan las comunidades indígenas originarias del país, cuya personería jurídica haya sido inscripta en el Registro Nacional de Comunidades Indígenas u organismo provincial competente o aquellas preexistentes”. Según afirma una noticia publicada en el portal Télam el 1 de agosto de 2015, desde que se reglamentó esa normativa de Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas en Argentina ya se llevan demarcadas 6.600.000 hectáreas correspondientes a 653 comunidades indígenas de 21 provincias, según estadísticas del Programa de Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas del INAI.

La construcción del sujeto campesino indígena, en particular en lo que concierne al carácter étnico de este proceso de identificación, se apoya sobre diferentes dimensiones a tener en cuenta. En primer lugar es fundamental considerar el conflicto, y la fricción como arena de identificación y subjetivación. En dicho proceso la intencionalidad puesta en juego por la organización para la construcción de una territorialidad antagónica al agronegocio implica asimismo la construcción de un nosotros. Aquí ocupa un lugar fundamental la memoria como práctica en el mismo proceso de identificación colectiva; por último también la lucha

por el reconocimiento de las personerías jurídicas como pueblos indígenas, de modo que se reconozca su forma histórica de organizar la producción y la tenencia de la tierra en forma comunitaria. Es en esa experiencia que se construye y reconstruye la identidad étnica desembocando en una práctica descolonizadora.

Como bien dice Díaz Polanco ciertos grupos mantienen constante una identidad contrastable con respecto a otros conjuntos sociales; pero eso no significa necesariamente que la identidad que establece el contraste es siempre la misma. Puede ser constante la existencia de una identidad que funda la diferencia pero la naturaleza de esa identidad, en cada fase histórica, es impactada por las transformaciones que sufre la estructura social (Díaz Polanco.1995: 66). A decir de Escolar las coyunturas en que se desarrollan lo que entiende como procesos de etnogénesis coinciden con momentos de grandes cambios o de distintos “modos de producción de soberanía nacional”; cuando las formas y repertorios de dominio, resistencia y bloques hegemónicos entran en crisis y con ellas la manera en que se articulan las subjetividades colectivas (Escolar.2007:225). En este sentido, podemos decir que para el caso de las comunidades rurales de Santiago del Estero hubo una ruptura en tal sentido en el pasaje de una territorialidad subordinada, en la cual se dio una inclusión de estas, pero de modo subordinado; a una territorialidad incompatible con la lógica de acumulación por desposesión (Harvey. 2003) impuesta por el modelo neoliberal, con una lógica de territorialización excluyente (GEPCyD.2007).

Diego Escolar sostiene que la hegemonía neoliberal, trajo aparejado un “estado de malestar”, que no solo quebró la expectativa de contención económica, mediación política y protección social heredada de la experiencia argentina del estado de bienestar (la reciprocidad figurada entre el Estado y los grupos subalternos del periodo de incorporación) sino su “contrato de subjetividad”, y esto posibilitó la emergencia positiva de lo étnico (Escolar. 2007). Que paradójicamente se reposiciona en un contexto en el que el Estado asume nuevamente una lógica de contención social que si bien, como hemos dicho anteriormente, mantiene como tarea pendiente revistar las consecuencias del modelo extractivo y la problemática de la tierra, esta vez sí reconoce como valor positivo la diversidad étnico-cultural sin la necesidad de homogeneizarla bajo el manto de otras identidades.

En el marco del análisis del desarrollo histórico de Santiago del Estero, y fundamentalmente de las comunidades indígenas hoy organizadas en el MoCaSE-V.C, debe considerarse

se el efecto cohesivo que puede provocar la memoria de un territorio histórico perdido o con riesgo de ser perdido, o aun un territorio mítico o imaginado. En este sentido, la movilizaci3n 3tnica crea su propio “espacio” concreto, no basado solamente en territorios o fronteras determinados, sino tambi3n en la fuerza de la acci3n o el movimiento. El enfoque de las etnias como movimientos que crean su espacio permitiría entender “oscilaciones” temporales ante ciertas coyunturas, adem3s de algunas irrupciones hist3ricas repentinas, que se antojan extrañas, de pueblos que habían sido considerados como pr3cticamente extinguidos o “no viables”; como es el caso de los pueblos originarios de la provincia en cuesti3n. Tales oscilaciones o irrupciones podrían cobrar sentido al ser examinadas desde el ángulo del debilitamiento o fortalecimiento de la constituci3n de un proyecto colectivo que dinamice la acci3n de masas allí donde antes no se había podido organizar (Díaz Polanco. 1995: 73-74).

Explican tambi3n estos procesos hist3ricos lo que Escolar denomin3 como “etnicidad sin grupos 3tnicos”, consecuencia no tanto de la ausencia de adscripciones, auto adscripciones, argumentos demandas e imaginarios 3tnicos. La fijaci3n de tales grupos como 3tnicos y el establecimiento de sus límites como perdurables parecen haber sido en general activamente resistidos o socavados por los distintos actores en pugna (Escolar.2007:224). Unos para resistir la estigmatizaci3n, los otros para “asimilarlos”. En este sentido, Grosso llama la atenci3n sobre las fuertes discontinuidades hist3ricas que operaron sobre las poblaciones de la provincia: primero, la reorganizaci3n colonial de los asentamientos nativos produjo la disoluci3n de las etnias específcas; luego fueron introducidos “negros genéricos” y se trat3 de controlar la proliferaci3n de una diversidad “chola”, que no obstante habit3 en Pueblos de indios, en sus entornos, en las chacras y estancias, y en la periferia urbana; finalmente, la Naci3n expuls3 todo trazo 3tnico de unos y otros (Grosso.2008: 235)

Para terminar consideramos que el car3cter descolonizador de la producci3n actual de memorias es parte del proceso organizativo que atraviesan las comunidades desde hace largo tiempo como parte del MoCaSE-VC, y que se conforma de característcas particulares que son parte de la forma de conflictividad actual en el territorio. La memoria de la forma de vida, de organizaci3n y de producci3n de los antiguos se estructura como un cuadro reivindicativo de puntos que hay que reinventar. No como un regreso al pasado, sino como

una reivindicación de formas propias de dar sentido y actuar en el mundo que hoy son revaloradas.

El factor étnico como carácter “novedoso” se da en el proceso de territorialización de la lucha por la tierra, es decir que es en este proceso que estas comunidades se re-descubren como indígenas y actualizan su identidad, donde reactivan su memoria larga y la sintetizan con su memoria corta en la materialización de la acción práctica y construcción del sujeto político campesino-indígena. Acerca de este proceso Deo Carrizo del MoCaSE-VC plantea que:

Las comunidades están haciendo un proceso de reconocimiento y de reindigenización, como una cuestión de reconocer y revalorizar nuestras raíces. Aquí hay muchas comunidades descendientes de pueblos Vilelas, Guaycurúes, Sanavirón, Lules, Tonocotés, y están haciendo ese camino. Los que sienten y quieren hacerlo lo están haciendo (Agencia de Noticias Biodiversidad. 2008).

El sujeto Campesino-Indígena

En nuestro folklore, es inconfundible lo que proviene del aborígen, por su inalcanzable poder estético y de atracción; el magnetismo tremendo que emana de todo lo primario, de todo lo que no está todavía desprendido de la tierra, pero que es plenamente natural.

El Indio en la provincia de Santiago del Estero. Francisco Santucho

Consideramos que la construcción política del MoCaSE-VC ha permitido en primer término la construcción de sujetos históricos, de sujetos capaces de cuestionar y criticar los márgenes de la colonialidad hegemónica, así como impulsar la construcción de un proyecto productivo y organizativo opuesto a los agronegocios, inserto en la dinámica de la lucha de clases de la Argentina de fines del Siglo XX y principios del XXI.

Como ya dijimos anteriormente, el proceso organizativo del MoCaSE-VC debe entenderse como una respuesta a procesos de larga data que vienen sedimentando en estructuras organizativas. Existe lucha de clases en tanto seguimos viviendo en un mundo capitalista. En este sentido cabe subrayar la dialéctica que existe entre los procesos de movilización social y los procesos históricos de transformación en la relación Capital/Trabajo. Pretender que los sujetos revolucionarios del siglo XXI, subsumidos en el patrón de acumulación

neoliberal o neo-desarrollista, sean los mismos que en los albores industrialistas del siglo XIX, sería desconocer la historia. Si asumimos, en cambio, que el proceso histórico es por definición un proceso en transformación dinámica, entonces todo el tiempo aparecerán formas nuevas de organización y lucha política.

Al modificarse el modelo de acumulación, y por lo tanto las relaciones sociales en el mundo del trabajo, con nuevos matices y modalidades de la explotación, con nuevos espacios de socialización, es esperable también que aparezcan-o simplemente reaparezcan-nuevos sujetos acordes a estos nuevos ámbitos de la contradicción (Por ejemplo los campesinos y los desocupados). La fuerza de la clase trabajadora ocupada no desapareció, ni mucho menos, solo que ahora, emergieron nuevos sujetos dada las nuevas formas de la contradicción. Lo que no cambia sustancialmente es la base estructural de las relaciones de explotación y dominación de toda sociedad capitalista, aunque hayan cambiado las formas que adopta el proceso de explotación. El proceso que hemos analizado aquí es expresión de una lucha en el marco de esta contradicción entre clases sociales; existen formas que antes no existían, que es necesario ponerlas en contexto de un proceso dialéctico de transformación de la sociedad. La conflictividad territorial, la llamada “acumulación por desposesión” y el despliegue de una “territorialización excluyente” por parte de los actores del agronegocio que atraviesan las comunidades campesinas, responden sin ninguna duda a la lógica de acumulación del capital. En este sentido afirmamos que el hecho de que hayan cambiado las condiciones de explotación en la actual fase de acumulación del sistema capitalista significa que la lucha de clases, en todo caso se presente bajo otras formas, o agregue otros repertorios de acción.

Comprender la emergencia de la identidad étnica, lo *indígena*, y la configuración de un sujeto campesino e indígena, o bien campesino-indígena, implica conectar una serie de variables. Por un lado, la irrupción de los agronegocios, y la consecuente contradicción generada entre diferentes territorialidades, implicó necesariamente que aquellas comunidades que pretendieran sobrevivir en sus territorios, necesariamente debieran territorializarse, resistir en los territorios. Aquella fricción entre diferentes modos de concebir el territorio, configuró a lo largo de los años -y fundamentalmente mediante el proceso organizativo- un nosotros donde se reactualiza una afectividad con la territorialidad que lleva a hundir la mirada sobre raíces profundas, y sintetizar la “memoria corta” de construcción organizativa

en antagonismo al accionar de empresarios y privados hoy, con una “memoria larga” absolutamente negada, invisibilizada y silenciada por el disciplinamiento, ya sea, de agencias coloniales, estatales, empresariales y privados de ayer. La activación de este dispositivo entra en juego a la hora²² en que el sujeto político en construcción, descubre o re descubre y reconstruye una continuidad en dos sentidos con sus antepasados, *los antiguos, los viejos, los indios de antes*. Por un lado, en lo que concierne a la edificación de un modelo de cómo relacionarse con la naturaleza y principalmente el vínculo con el monte, la organización comunitaria, el ejercicio de una autonomía productiva; y en forma simultánea hay un reconocimiento con *los antiguos*, en términos de continuidad histórica, en tanto aquellos han querido ser expulsados de sus territorios, atrapados en la Reducción de las Petacas, y estigmatizados, tal como ahora ellos están amenazados de serlo (o directamente lo son) también.

Es el proceso de reconocerse, de poder reconstruir una genealogía, una memoria histórica con un marco temporal profundo, lo que permite poner en jaque la colonialidad hegemónica; y de ese modo, dar lugar a la construcción del sujeto político campesino-indígena. Es en este proceso que estas comunidades se re-descubren como indígenas y actualizan su identidad, donde reactivan su *memoria larga* y la sintetizan con su *memoria corta* en la materialización de la acción práctica y construcción del sujeto político campesino-indígena. Es esta contradicción entre modos diferentes de organizar la producción y por lo tanto modos diferentes de relacionarse con la naturaleza, que dichos modelos encarnan también diferentes formas de sociabilidad que generan una actualización de lo étnico, que descansa en la recuperación y nueva lectura de la *memoria larga* de estas comunidades, proyectándola y actualizándola.

Los despojos de ayer guardan una continuidad con las luchas de hoy. La arremetida neocolonial del modelo neoliberal fundada sobre las bases de una lógica extractiva que entiende a la naturaleza como un stock de ganancias disponible para la producción en escala de commodities para el mercado mundial, en términos de homogenización de la producción y acatamiento a los marcos de desarrollo propuesta por los organismos multilaterales, es enfrentada con la construcción y reconstrucción de una territorialidad campesino-indígena,

²² No entendido como un momento, sino como un proceso dinámico y constante.

basada en la soberanía alimentaria, que respete las características productiva de cada territorio, al mismo tiempo que reconozca la diversidad cultural y la memoria histórica.

Es en el recuperar la lección de “*los antiguos*”, en sus formas de producir, en sus formas de organizarse comunitariamente, en sus formas de relacionarse con la naturaleza, donde el pasado (mítico o no, poco importa) se proyecta hacia el presente y se actualiza, haciéndose carne en la construcción del sujeto campesino-indígena. El MoCaSE-VC, alegoría del *Sachayoj*, protege los montes contra la devastación de los agronegocios, no bajo una voluntad de conservación, sino en la construcción de otro modo de producir, de un futuro posible.

De nuestros antiguos aprendimos que si no producimos nuestros alimentos no podremos autodefinirnos y, sin autonomía, perdemos el control sobre nuestros territorios, perdemos nuestros territorios (Mocase-V.C.2004).

Bibliografía

- Agostino, Ana (2009). Alternativas Al Desarrollo en América Latina: ¿Que pueden aportar las Universidades? Revista América Latina en Movimiento, N° 445. Disponible en: <http://alainet.org/images/alai445w.pdf>
- Anderson, Perry (2003). Neoliberalismo: un balance provisorio. En: La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social. Emir Sader; Pablo Gentili (Comp.). 2ª. Ed. CLACSO, Buenos Aires.
- Alimonda, Héctor (2011) La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana. En: La Naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina. Héctor Alimonda (Coord.). CLACSO, Buenos Aires.
- Arzeno, Mariana.; Manzanal, Mabel. (2010) Territorio y poder en la globalización. Disputas por la tierra en el nordeste de Misiones. En: Arroyo, Mónica; Zusman, Perla. (Org.) Argentina e Brasil: Possibilidades e Obstáculos no Processo de Integração. Editorial Humanitas, San Pablo.
- Arzeno, Mariana; Ponce, Mariana. (2010) El conflicto sin fin: negociaciones y disputas en torno a la aplicación del Plan de Arraigo y Colonización en tierras privadas del nordeste de Misiones .En: Manzanal, Mabel.; Villarreal, Federico. (Org.). El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino. CICCUS, Buenos Aires.
- Barbetta, Pablo. (2009) En los bordes de lo jurídico. Conflictos por la tenencia legal de la tierra en Santiago del Estero. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Disponible en: <http://www.ger-gemsal.org.ar/wp-content/imagenes/barbetta-tesis-doctorado.pdf>
- Barbetta, Pablo. (2006) Luchas y sentidos en torno a la problemática de la tierra: El Movimiento Campesino de Santiago del Estero. Tesis de Maestría en Ciencia Política. IDAES (UNSAM). Disponible en: <http://www.ger-gemsal.org.ar/wp-content/imagenes/tesis-maestria-barbetta.pdf>
- Barbetta, Pablo; Domínguez, Diego (2014). Recreación comunitaria del campesinado en la interfase socio-jurídica: el caso del paraje Limitas en el ex Ingenio Las Palmas (Chaco, Argentina). Revista de Direito da Cidade- Vol. 6, Rio de Janeiro.

- Barbeta, Pablo; Domínguez, Diego; Sabatino, Pablo (2014). La persistencia de una incomodidad: repensando el campesinado en la argentina. *Século XXI, Revista de Ciências Sociais*- vol. 4, Rio Grande do Sul.
- Bartolomé, Miguel (1997) *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*. Siglo XXI-INI, México.
- Bilbao, Santiago Alberto (1964-65). *Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño*. Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología-Nº 5, Buenos Aires.
- Braticcevic, Sergio. (2009) *Densificación territorial en dos espacios de fronteras en la región del NEA. Un análisis de la expansión del frente agrícola y su articulación con los diversos actores sociales*. VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM)- 29 de septiembre a 2 de octubre, Buenos Aires.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1992). *Etnicidad y estructura social*. CIESAS, Editorial de la casa Chata, México.
- Castoriadis, Cornelius (1991). Reflexiones sobre el “desarrollo” y la “racionalidad”. En: *Colombia, el despertar de la modernidad*. Foro Nacional por Colombia. Santa Fe de Bogotá.
- Ceceña, Ana Esther; Aguilar, Paula; Motto Carlos (2008). *Territorialidad de la dominación: Integración de la Infraestructura regional latinoamericana*. Observatorio Latinoamericano de Geopolítica. Disponible en: <http://www.geopolitica.ws/leer.php/111>
- Dargóltz, Raúl. (2003). *Las economías regionales argentinas y la globalización. El caso de Santiago del Estero y la explotación del quebracho colorado*. *Revista Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades fragmentadas*-Nº 6 Vol. 5, Junio-Septiembre (Versión electrónica) .Santiago del Estero.
- Dargóltz, Raúl. (1997) *El movimiento campesino santiagueño-MoCaSE. No hay hombres sin tierras y no hay tierra sin hombres*, en *Revista Taller* -Vol. 2, Nº 4, agosto, Buenos Aires.
- De Estrada, María; Domínguez, Diego (2013). *Asesinatos y muertes de campesinos en la actualidad argentina: la violencia como vector (des)territorializador*. *Revista Astrolabio*, Córdoba.

- Díaz Polanco, Héctor (1995). Etnia y Nación en América Latina. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Domínguez, Diego (2009). La lucha por la tierra en Argentina en los albores del Siglo XXI. La recreación del campesinado y de los pueblos originarios. Tesis Doctoral de Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Disponible en: <http://www.ger-gemsal.org.ar/wp-content/imagenes/Version-unificada-Tesis-Tierra-y-Campesinado-PDF.doc.pdf>
- Domínguez, Diego. (2005) ¿Movimiento campesino en la Argentina? CLACSO, Buenos Aires. Disponible en: http://osal.clacso.org/dev/article.php3?id_article=41
- Domínguez, Diego; Lapegna, Pablo; Sabatino, Pablo (2006) Un futuro presente: las luchas territoriales. En Revista Nómadas-Nº 24, Abril, Universidad Central, Colombia.
- Domínguez, Diego.; Mariotti, Daniela.; Sabatino, Pablo. (2010). El enfoque socioterritorial. Una experiencia para debatir la relación entre políticas públicas, Estado y Movimientos Sociales. Inédito
- Domínguez, Diego. y Sabatino, Pablo. (2006). Con la soja al cuello: crónica de un país hambriento productor de divisas. En Héctor Alimonda (Coord.) Los tormentos de la materia. CLACSO, Buenos Aires.
- Domínguez, Marcelo; Golluscio, Lucía; Gutiérrez, Alalía (2006). Los vilelas del Chaco: desestructuración cultural, invisibilización y estrategias identitarias. Indiana- N°23, Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz. Berlín.
- Durand, Patricia (2007) Desarrollo rural y organización campesina en Argentina. El caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero. Tesis doctoral Facultad de Agronomía. Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Escobar, Arturo (1997). Antropología y Desarrollo. Revista Internacional de Ciencias Sociales 154.
- Escobar, Arturo (1998). La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Norma, Bogotá
- Escolar, Diego (2007). Los dones étnicos de la Nación. Identidades Huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina. Prometeo, Buenos Aires

- Esteve Gustavo (2000).Desarrollo. En: Viola, Andreu (Comp.) Antropología del desarrollo. Paidós, Bs. As.
- Esteve, Marisol. (2009a) Primeras aproximaciones al proceso de movilización social campesina en el Valle de Translasierra- Cordoba. Decimas Jornadas Rosarinas de Antropología Sociocultural. 5,6 y 7 de noviembre, Rosario.
- Esteve, Marisol. (2009b) Tierra y agua para poder producir y vivir: El Movimiento Campesino Cordobés. Revista Theomai N° 20, Quilmes.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación) (2011). Una introducción a los conceptos básicos de la seguridad alimentaria. Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/014/al936s/al936s00.pdf>
- Galafassi, Guido (2012). ¿Qué hay de nuevo viejo? Procesos de movilización y conflictos socio-ambientales. Revista Conflicto Social- Vol 8, Buenos Aires
- Galafassi, Guido. (2009) La predación de la naturaleza y el territorio como acumulación. Revista Herramienta N° 42. Buenos Aires.
- Galafassi, Guido. (2008) Contradicciones sociales y procesos de movilización en espacios rurales de Argentina en las últimas décadas. En: Balsa, Javier; Mateo, Graciela; Hospital, María Silvia (Comp.) Pasado y presente en el agro argentino. Lumiere. Buenos Aires.
- Giarracca, Norma. (2008). Apuntes para una sociología de las emergencias: el campesinado y las poblaciones indígenas en la lucha por el territorio y bienes naturales, en Argentina. En Vacaflores, Carlos y Lizárraga, Pilar (Coord.) La persistencia del campesinado en Latinoamérica. Jaina/Plural, Bolivia.
- Giarracca, N. (2004) Introducción. América Latina, nuevas ruralidades, viejas y nuevas acciones colectivas. En Giarracca, Norma. y Levy, Bettina. (Eds.) Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales. CLACSO, Buenos Aires.
- Giarracca, Norma. (2003). La protesta agrorural en la Argentina. En Seoane, J. (Comp.) Movimientos sociales y conflicto en América Latina. CLACSO, Buenos Aires.
- Giarracca, Norma (1999) .Cómo abordar y comprender los nuevos actores sociales de la protesta agraria de los años 1990. Un debate que recién comienza. Realidad Económica- N° 167. Disponible en: <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=311>

- Giarracca, Norma; Teubal, Miguel. (2008). Del desarrollo agroindustrial a la expansión del `agronegocio´: el caso argentino. En Mançano Fernández, Bernardo (Coord.) Campesinado y Agronegocios en América Latina. CLACSO-ASDI, Buenos Aires.
- GEPCyD. (2014) Recampesinización y recreación política del campesinado en un escenario de despliegue de los agronegocios: El caso de las Reservas campesinas en el Chaco. Revista del pensamiento sociológico, México.
- GEPCyD. (2007). Transformaciones territoriales en San Pedro. Para una reflexión sobre las ausencias conceptuales y las exclusiones sociales. V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires
- GER (2004) Desalojos y arrinconamientos de campesinos y comunidades indígenas en la Argentina. en Realidad Económica-Nº 203, abril-mayo, Buenos Aires
- Gordillo, Gastón (2007). En el Gran Chaco, Antropologías e historias. Editorial Prometeo, Buenos Aires.
- Gudynas, Eduardo (2009). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual. En VVAA, Extractivismo, política y sociedad. CAAP (Centro Andino de Acción Popular) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social). Quito.
- Grosso, José Luís (2008). Indios Muertos, Negros Invisibles: Hegemonía, Identidad y Añoranza. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Haesbaert, Rogerio (2004). O mito da desterritorialização. Bertrand, Sao Pablo.
- Harvey, David (2003). El nuevo imperialismo. Akal, Madrid.
- Hernández, Valeria (2009). La ruralidad globalizada y el paradigma del agronegocio en las pampas gringas. En Gras, Carla; Hernández, Valeria (Coord.). La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios. Biblos, Buenos Aires.
- Iglesias Cruz, Janet; Gutiérrez Forte, Javier (2010). Colonia y colonialidad, más allá del relato. Revista Temas-Nº, Octubre-diciembre, La Habana.
- Iñigo Carrera, Valeria (2010). Desarrollo y territorio en el noroeste formoseño: sus modalidades y configuraciones. VI Jornadas de Investigación en Antropología Social 3, 4, 5 y 6 de Agosto, Buenos Aires.

- Kostlin, Laura (2010). Ocupaciones de tierras privadas y conflicto en el nordeste. La conformación de un ciclo inicial de lucha por la tierra en Misiones. En: Manzanal, Mabel y Villarreal, Federico. (Comp.). El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino. CICCUS, Buenos Aires.
- Mañano Fernández, Bernardo (2005). Movimientos Socioterritorias e Movimentos Socioespaciais. Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais. En: OSAL-No. 16, año VI, enero-abril. CLACSO, Buenos Aires.
- Manzanal, Mabel. y Villarreal, Federico (Comp.). (2010). El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino, CICCUS, Buenos Aires.
- Manzanal, Mabel; Arqueros, M. Ximena; Arzeno, Mariana; Nardi, M. Andrea (2009) Desarrollo territorial en el norte argentino: una perspectiva crítica. EURE [en línea]. Vol. 35-Nº 106.
- Martínez, Ana Teresa; Taboada, Constanza (2011). Una civilización sin ‘indios’ o la sublimación mítica del pasado. En: Auat, Alejandro; Martínez, Ana Teresa; Taboada, Constanza. Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940. UNQui, Quilmes
- Merchand, Marco Antonio (2002). La política de promoción industrial jalisciense y las empresas de la industria electrónica en la dinámica de la Región metropolitana de Guadalajara (RMG), México: desde una perspectiva regional y un enfoque de competitividad sistémica. Tesis de doctorado en ciencias sociales. CIESAS, Universidad de Guadalajara, México.
- Michi, Norma (2010). Movimientos campesinos y educación. Estudio sobre el Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra y Movimiento Campesino de Santiago del Estero-VC. Editorial El Colectivo, Buenos Aires.
- Murmis, Miguel (2002). La contribución de Marx a la sociología agro-rural y al análisis de estructuras agrarias. Número 5, vol. IV, septiembre-diciembre de 2002, Santiago del Estero.
- Naharro, Norma; Álvarez, Marcela Amalia; Flores Klarik, Mónica. (2010) Territorio en disputa: reflexiones acerca de los discursos que legitimaban la propiedad de la tierra en

- el Chaco Salteño. En: Manzanal, Mabel. y Villarreal, Federico. (Comp.). El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino, CICCUS, Buenos Aires.
- Lahire, Bernard (2006). El Espíritu Sociológico. Manantial, Buenos Aires.
 - Lizárraga, Pilar (2009). La descolonización del territorio: visiones de un país y la configuración del estado plurinacional en Bolivia. IV Simpósio Internacional de Geografía Agrária/ V Simpósio Nacional de Geografía Agrária. Del 29/10/2009 a 02/11/2009. Instituto de Geociências. UFF. Niterói, Brasil. Disponible en: <http://www.uff.br/vsinga/trabalhos/Trabalhos%20Completos/Claudia%20Pilar%20Liz%20Irraga%20Aranibar.pdf>
 - Lópes de Souza, Marcelo (2004). Territorio' da divergencia (e da confusão): em torno das imprecisas fronteiras de um conceito fundamental en Marcos Aurelio Saquet y Eliseu Savério Sposito, Territórios e territorialidades. Teorías, procesos e conflitos. Expressão Popular, São Paulo.
 - Nash, J. (2006) .Visiones mayas. El problema de la autonomía en la era de la globalización. Antropofagia, Buenos Aires.
 - Porto Gonçalves, Carlos (2009). Del desarrollo a la autonomía, la reinención de los territorios. En Revista América Latina en Movimiento- N° 445. Disponible en: <http://alainet.org/images/alai445w.pdf>
 - Quijano Aníbal (2000). Colonialidad y Clasificación Social. En Festschrift For Immanuel Wallerstein-Journal of World Systems Research (Giovanni Arrighi and Walter L. Goldfrank, Eds.) vol. VI-No. 2, Fall/Winter, Special Issue. Colorado, USA
 - Rivera Cusicanqui, Silvia (2003). Oprimidos pero no vencidos: luchas del campesinado aymara y qhechwa de Bolivia, 1900-1980. Aruwiwiri, La Paz.
 - Roseberry, William (2002). Hegemonía y el lenguaje de la contienda. Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú (Traducción de Pablo Sendón). Instituto de Estudios Peruanos, Lima
 - Rosenzvaig, Eduardo (1996). Etnias y Arboles. Historia del universo ecológico Gran Chaco (Premio Casa de las Américas- 1996). Ediciones Casa de las Américas-Talleres de Lito Camargo Ltda. Santa Fe de Bogotá.
 - Rockwell, Elsie (2009). La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos. Paidós, Buenos Aires.

- Santos, Milton (2005). O retorno do territorio. En OSAL-N° 16. CLACSO, Buenos Aires.
- Santucho, Francisco René (1954). El indio en la Provincia de Santiago del Estero. Librería Aymará, Santiago del Estero.
- Sivila, J. (2009) Conflictos de Tierra en la Quebrada de Humahuaca. VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM) - 29 de septiembre a 2 de octubre, Buenos Aires.
- Slutzky, D. (2008) Situaciones problemáticas de tenencia de la tierra de la Argentina. Serie de Estudios e Investigaciones N° 14, Buenos Aires.
- Spadafora Ana M. (2002). Antropología, desarrollo y poblaciones indígenas. Una perspectiva crítica. Ponencia al IX Congreso de Antropología de la FAAEE, 4 al 7 de septiembre, Barcelona.
- Trincheró, Héctor Hugo (2000). Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la Nación, el Chaco central. EUdeBA, Buenos Aires.
- Vieira Medeiros, Rosa María (2004). Território, espaço de indentidade em Marcos Aurelio Saquet y Eliseu Savério Sposito, Territórios e territorialidades. Teorías, procesos e conflitos. Expressão Popular, São Paulo.

Documentos estatales

- Constitución de la Nación Argentina (1994). Varias ediciones.
- Dirección de Bosque- Subsecretaria de planificación y política ambiental (2014). Monitoreo de la Superficie de Bosques Nativo de la Republica Argentina. Periodo 2011-2013. Regiones forestales Parque Chaqueño, Selva Tucumano Boliviana, Selva Misionera y Espinal. Secretaria de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación. Disponible en: http://www.ambiente.gov.ar/archivos/web/UMSEF/file/LeyBN/monitoreo_bn_2011_2013_ley26331_umsef_sinanexoi.pdf
- Subsecretaria de Agricultura Familiar de Agricultura Familiar (2013). Relevamiento de problemas de tierra de los agricultores familiares en la Argentina. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación. Disponible en: <http://www.ucar.gob.ar/images/publicaciones/Relevamiento%20y%20sistematizaci%C3%B3n%20de%20problemas%20de%20tierra%20de%20los%20agricultores%20familiares%20en%20Argentina.pdf>

Documentos y comunicados de la organización

- MNCI (2010). Documento de Soberanía Alimentaria. Primer Congreso MNCI. 10-14 de Septiembre. Bs As
- MNCI (2012). Comunicado Miguel Galván, miembro del MOCASE-VC fue asesinado de una puñalada .11/10/2012
- MoCaSE (1990). Acta fundacional, mimeo.
- MoCaSE (1999). Conclusiones congreso: Campesinos y campesinas unidos en la lucha por la tierra y la justicia
- MoCaSE-VC (2004) Memoria del Taller Indígena. Derechos e Identidad. Realizado en los días 24, 25 y 26 de Febrero de 2004, en la comunidad de Puesto de Díaz, perteneciente a la Central Campesina Atamisqui (CCA), mimeo.

Notas periodísticas

- Nota publicada en el portal Télam el día 01/08/2015: El nuevo Código Civil repara una omisión histórica al reconocer la propiedad comunitaria indígena
- Nota publicada en el Diario Página/12 el día 12 de octubre de 2010: Otra Campaña del Desierto, ahora por la soja
- Nota publicada en el portal de la Agencia de Noticias Biodiversidad: Situación del MoCaSE en el marco del Conflicto agropecuario. Disponible en:
<http://www.biodiversidadla.org/content/view/full/28651>
- Nota publicada en el diario Página/12 del día 14 de noviembre de 2007: Golpes, disparos y detenciones para los campesinos santiagueños

Páginas consultadas

- ALAI NET: <http://www.alainet.org/>
- MNCI: <http://mnci.org.ar/>
- MoCaSE-VC: <http://www.mocase.org.ar/>
- Vía Campesina: viacampesina.org/es/

–CLOC: www.cloc-viacampesina.net/

Entrevistas

- Delicia. Comunidad El Retiro. Febrero 2012
- Nicasio Cuellar. Comunidad El Retiro. Febrero 2012
- Ramón Cuellar. Comunidad El Retiro. Febrero 2012
- Ricardo Cuellar. Comunidad El Retiro. Febrero 2012
- Sergio Cuellar. Comunidad El Retiro. Febrero 2012
- Vicente Cuellar. Comunidad El Retiro. Febrero 2012